



CORAZÓN

Partido

TARINA DEATON

CORAZÓN PARTIDO

CORAZONES DE COMBATE #1.5

TARINA DEATON

TARINA DEATON

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Tarina Deaton](#)

CAPÍTULO 1

El deseo sacudió a Chris. Si la sensualidad tuviera un sonido, sería la risa de Denise. Ella se pasó un dedo por debajo del ojo mientras apagaba una larga carcajada.

—Chris tiene un pasado un poco cuestionable —argumentó Jase.

Denise apagó *Magic Mike* y dejó a Channing Tatum en medio del baile de caderas.

—No hay nada de malo en eso.

Chris tomó el bolso de donde lo había apoyado y levantó las cejas antes de seguir a Bree y a Jase por el pasillo hasta el baño de invitados. Miró por encima del hombro y vio a Denise cruzar la sala de estar hacia la cocina. Sus shorts eran recatados para los estándares de hoy en día por terminar unos centímetros por debajo del trasero, pero mostraban sus piernas largas y bronceadas.

Parecía que haber aceptado ir a la casa de Bree a comer comida china después del campamento en lugar de ir a casa y comer queso horneado tendría más beneficios que solo la cena. Le había preocupado que iba a estar de sujetavelas. En ese momento estaba incómodo por una razón completamente distinta. Tiró del frente de sus pantalones de camuflaje y movió un poco la cadera en el siguiente paso.

Bree se detuvo en el medio del pasillo.

—Hay toallas y jabón común.

Él frunció los labios.

—¿Jabón común?

—Sin perfume.

Él sonrió.

—Ah. Te lo agradezco.

Jase llevó a Bree hacia el final del pasillo.

—Por nada —llegó a decir ella por encima del hombro.

Chris cerró la puerta y echó el cerrojo. Dejó el bolso sobre una banqueta pequeña de madera junto a la pileta. Abrió el cierre, sacó unos shorts y una remera. No tenía ropa interior limpia. Bueno, tan solo tendría que mantener su mente en temas inocentes y lejos de la forma en que esos shorts cubrían el trasero perfecto de Denise. *Eso no ayuda.*

Abrió la canilla de la ducha, y el vapor llenó el baño a medida que el agua se calentaba. Desató los cordones de las botas y se las quitó antes de sacarse la remera y los pantalones. Se metió en la ducha y puso la cabeza bajo el duchador. Dejó que el agua caliente corriera por sus hombros y espalda para aflojar los músculos tensos por haber dormido en una carpa durante las últimas tres noches. No había sido el peor lugar donde había dormido pero, definitivamente, tampoco el mejor. Tomó el jabón y se lo pasó con las manos por los hombros y por el pecho.

La risa de Denise resonaba en su mente y enviaba más sangre a su entrepierna. Cerró los ojos y tocó su semierección, imaginando las largas piernas de ella alrededor de sus propias caderas. *Maldición.*

Abrió los ojos de golpe y se soltó. No podía masturbarse en la ducha de Bree. Debía controlarse. Hizo más espuma y se la pasó por el pelo casi rapado y por la barba de hacía tres días.

El móvil sonó dos veces consecutivas en el bolsillo del pantalón. Se pasó las manos por la cabeza una vez más para enjuagarse el resto del jabón y cerró la ducha. Sintió la suavidad de la toalla al secarse, lo que le recordó que necesitaba comprar jabón líquido para la ropa. Se envolvió la cintura con la toalla y hurgó en el bolsillo para sacar el móvil.

REU. 0800 Lun

Nva FE. Eres jefe

Se le hizo un nudo en el estómago por la reunión convocada. Si su jefe había decidido armar una fuerza especial nueva, habían conseguido la inteligencia que necesitaban. O se había ido todo al diablo. Esperaba que fuese la primera opción.



DENISE DEJÓ el vaso sobre la mesa al lado del sillón reclinable y se despatarró sobre este. Se frotó el estómago y levantó el reposapiés.

—Ufff. Comí demasiado.

Bree se sentó en un extremo del sofá.

—Juro que le ponen algo a la comida que hace que se infle después de haberla comido.

Jase se unió a Bree en el sofá.

—Recuéstate conmigo.

Denise sintió una pequeña punzada debajo de los pechos. Estaba feliz por Bree al verla con un tipo que, claramente, se preocupaba por ella, pero no podía evitar preguntarse si alguna vez ella encontraría alguien así. Su perro de soporte emocional, Sprocket, gimió y colocó la cabeza sobre el apoyabrazos. Se quedó mirando a Denise con sus ojos marrones enternecedores. Ella le rascó la parte detrás de la oreja.

Chris se echó en la otra sección del sofá en L y acomodó un almohadón debajo de la cabeza.

—Auch. —Se encogió cuando Charlie saltó al sofá y quedó encima de él.

Bree chasqueó los dedos.

—Charlie, bájate.

Chris rodeó la enorme cabeza de Charlie y le acarició las orejas.

—No te preocupes. —Sus bíceps se flexionaron cuando corrió al perro a un costado, entre él y el respaldo.

Denise sintió otra punzada, pero más abajo. Su mirada recorrió el cuerpo estirado de Chris. Él levantó un brazo y lo acomodó debajo de la cabeza, lo cual hizo que se le levantara un poco la remera negra gastada y quedara expuesta parte de su abdomen. El complejo tatuaje de brazo se movía a medida que él se acomodaba y flexionaba los músculos.

Las piernas de ella se volvieron inquietas de golpe. Le encantaría examinar ese tatuaje. No para acercarse a él, sino para ver de qué se trataba. Adoraba lo que un tatuaje decía de una persona. La historia que contaba. Su propio tatuaje en la espalda era un trabajo en progreso: solo tenía terminadas unas tres cuartas partes.

—Denise.

Enfocó la mirada, después de haber quedado fascinada con el diseño colorido. Pestañeó y miró a Bree.

—¿Qué?

—¿Estás aquí? —Tenía líneas de preocupación en la frente.

—Sí. Solo hacía la digestión.

—¿La película?

Levantó el control remoto.

—Ah, sí. —Buscó Netflix y seleccionó *Los indestructibles*, film protagonizado por un ardiente y recio Jason Statham.

Quince minutos después de comenzada la película, se oyeron los ronquidos de Jase y de Chris.

Denise rio por lo bajo.

—Supongo que el campamento agota a los hombres —comentó.

—Supongo que sí.

Treinta minutos más tarde, Denise se puso de pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Estoy quedándome dormida, así que me iré.

—Está bien. Déjame salir de aquí.

—No, quédate. Sé dónde está la puerta.

—Lo sé, pero iré a buscar mantas para ellos. —Alzó el brazo de Jase, que la tenía sujetada de la cintura, y se levantó del sofá. Charlie observó que su dueña se ponía de pie y levantó la cabeza desde donde descansaba sobre las piernas de Chris. Luego saltó del sofá. Su pata trasera cayó justo en la entrepierna de Chris, quien quedó acurrucado en posición fetal y gruñó.

—¡Maldita sea! —gritó él.

—¡Oh, demonios! ¿Estás bien? —preguntó Denise.

—¡Diablos!, no. No estoy bien. Maldición, cómo arde...

Ella hizo una mueca, pero estaba reprimiendo la risa.

—¿Necesitas hielo?

—¿Qué sucedió? —Jase se sentó y se pasó las manos por el pelo revuelto.

—Charlie castró a Chris. —Bree se mordió el labio.

—Parece ser costumbre en esta casa. —Jase se puso de pie y se estiró, con lo que expuso la parte inferior de sus abdominales—. ¿Listo para irte o necesitas un momento para retraer el escroto?

—Vete al infierno —contestó Chris.

—No, pero gracias por la oferta.

—Yo puedo llevarlo una vez que se recupere para caminar —propuso Denise.

—¿Estás segura? —Jase rodeó los hombros de Bree con un brazo.

Ella se encogió de hombros.

—Claro. No hay razón para que te vayas y luego regreses, cuando yo me iré de todas maneras.

Chris rodó por el sofá y cayó de rodillas con una mano sobre el piso, mientras que con la otra seguía agarrándose su hombría. Utilizó el sofá para impulsarse; se levantó, pero continuó agachado como un anciano.

—¡Maldición!, ese perro tiene patas puntiagudas. No me imagino lo peligroso que sería si tuviera sus cuatro patas.

—Alégrate de que no haya sido Sprocket —señaló Bree.

El enorme mastín levantó la cabeza. Chris miró al animal, que continuaba estirado junto al sillón que había ocupado Denise.

—Por favor, dime que tienes un camión para ese perro y que no tengo que intentar compartir un asiento con él.

—Utilitario. Y se sienta en la parte de carga —afirmó Denise.

Igual no importaba: si el perro quería viajar al frente, él se acomodaría en la parte trasera sin problemas. Con un gesto de asentimiento, cojeó hacia la puerta principal y fue enderezándose a medida que caminaba, hasta que quedó casi erguido.

—Gracias por la cena, Bree. Adiós, imbécil. —Saludó con la mano en dirección a Jase.

—Adiós, idiota. —Jase le palmeó la espalda cuando pasó.

Denise abrazó a Bree.

—Me conmueve cuando dos chicos muestran amor y afecto por el otro. — Siguió a Chris a la salida, con Sprocket junto a ella.

CAPÍTULO 2

La noche estaba llena de una cacofonía de sonidos a medida que insectos y ranas toro competían por la supremacía acústica. Una rana en particular parecía haber encontrado el tiempo del dolor en la entrepierna de Chris, ya que croaba al ritmo de las punzadas.

—¿Estás bien?

Había un tono humorístico en la voz de Denise; él la miró con furia. Se había percatado de la sonrisita de ella cuando le había preguntado si necesitaba hielo. La bendita mujer no tenía idea de lo que era ese dolor.

—Sí. Sobreviviré. —Se ajustó el bolso sobre el hombro y caminó un par de pasos detrás de ella. Las caderas de Denise tenían un meneo natural mientras se dirigía hacia el utilitario. Él apartó la mirada de su trasero.

—Está sin llave. —Abrió la puerta del sector de carga—. Arriba. —El perro gigante trepó con una agilidad sorprendente.

Chris abrió la puerta del asiento trasero y arrojó el bolso. El perro apoyó la cabeza sobre el asiento y se relamió. Chris juró que lo miraba con ira. Se subió al asiento del acompañante y tiró de la entrepierna de los shorts.

Denise se ubicó en el asiento del conductor y encendió el motor mientras estiraba el cinturón de seguridad sobre su pecho. El cuello en V de la remera se bajó cuando abrochó el cinturón, lo que hizo que mostrara más que una pizca de su abundante escote.

Contrólate. Se pasó la mano por la cabeza. Ella encendió el GPS.

—¿Adónde vamos?

—5339 Old Avalon Drive.

Sus dedos volaban por la pantalla mientras él observaba el viejo modelo de utilitario. Chris se concentró en la palanca de cambio.

—¿Manejas con cambios?

Ella dejó los dedos quietos. Lo miró por debajo de las pestañas y pestañeó una vez.

—No. —Su rostro no revelaba ninguna emoción.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios de él.

—Fue una pregunta un poco tonta, ¿no?

—Un poco. —Le guiñó un ojo y colocó el GPS sobre el tablero.

—Lo siento. No estoy acostumbrado a ver un vehículo de transmisión manual.

—Es una de las razones por las que no lo cambiaría. —Sacó el freno de mano y se alejó del cordón—. El precio de un modelo más nuevo con transmisión automática es ridículo. —Miró por encima del hombro—. Sprocket, agáchate.

Chris miró por encima del hombro hacia el perro, cuya cabeza obstruía la mayor parte de la vista por la ventana trasera. Desapareció detrás del asiento con un gruñido.

—¿Qué clase de perro es ella?, ¿él?

—Ella. Es una cruce de mastín inglés. Aunque no sé con qué es la cruce.

—¿Con caballo?

Se oyó una risa suave.

—Pensé lo mismo cuando seguía creciendo.

—¿Hace cuánto que la tienes?

Ella colocó la mano sobre la palanca para hacer un cambio. La manga de la remera ajustaba el contorno de los músculos del brazo, lo cual hizo que se viera parte de un tatuaje.

—Unos cuatro años.

—¿La adoptaste?

Una leve tensión pareció vibrar por todo el cuerpo de ella; no lo miró mientras frenaba ante una luz roja.

—Me la dieron en un programa en el que participé. —Fijó la mirada en el parabrisas y golpeó el pulgar sobre el volante—. Sprocket es un animal de soporte emocional para TEPT.

—Ah. —Un par de sus compañeros tenían perros como ese. El cambio que había visto en ellos después de haber tenido a sus perros había sido asombroso. No habría adivinado que Denise necesitaba un perro de soporte emocional, aunque, la verdad, acababa de conocerla—. ¿No le pones el chaleco? —Todos los perros de sus amigos llevaban chalecos que los

identificaban como animales de servicio.

La luz cambió, y ella dobló con cuidado.

—Solo se lo coloco cuando estamos en público.

Él se apoyó sobre la puerta, giró el cuerpo hacia Denise y miró hacia atrás.

—¿Por qué “Sprocket”?

Ella lo miró, un poco avergonzada.

—*Fraggle Rock* era mi programa favorito cuando era niña.

La sonrisa de él fue instantánea.

—¿De verdad?

Ella desvió la mirada del camino.

—¿Qué?

Él sacudió la cabeza. De ninguna manera le diría que consideraba adorable que nombrara a su perro igual que a un *muppet*.

—Nada. —Aún conservaba la sonrisa—. ¿Te estoy desviando mucho de tu camino?

—No mucho. Es una media hora más de viaje.

—Lo siento. Le habría pedido a Jase que me llevara antes si hubiese sabido que él se quedaría, pero la comida china sonó muy bien cuando lo propuso.

Ella volvió a mirarlo.

—No es gran cosa.

—¿Tu media naranja no se molestará porque llegarás tarde?

Ella levantó una ceja.

—¿Es tu manera de preguntar si estoy saliendo con alguien?

Brillante, amigo. No tenía ninguna habilidad esa noche.

—Sí.

La risa de ella lo afectó, y las punzadas que tenía en la entepierna, que ya habían disminuido, comenzaron otra vez, aunque por razones diferentes.

—No, ninguna media naranja. ¿Tú?

Él tiró de la tela de los shorts y se removió en el asiento.

—No.

—¿Alguna otra?

—¿Otra qué?

—Alguien sin importancia. Una amiga con derecho a roce.

—Ah. No. No tengo una de esas.

—¿Cómo puede ser?

—¿Que no tenga una amiga con derecho a roce?

—Sí.

La conversación se había tornado extraña. ¿Cómo habían llegado de su pregunta acerca de si ella tenía novio a la pregunta de ella sobre si él tenía una amiga con derecho a roce?

—Emmm... ¿Tiempo? ¿Interés? No lo sé. ¿Disponibilidad?

Maldición. Ella tenía un hoyuelo en la mejilla derecha cuando sonreía a pleno.

—¿De verdad me estás diciendo que no tienes disponibilidad de mujeres?

—Ella lo miró mientras bajaba un cambio para girar a la derecha.

—¿Para una relación a largo plazo? No. ¿Aventuras? Claro. Pero eso no fue lo que preguntaste. —No podía pensar en otra ocasión en la que hubiera tenido una conversación tan sincera con una mujer—. ¿Y tú?

Ella sacudió la cabeza.

—Nadie sin importancia. Ninguna aventura.

Él le devolvió la pregunta.

—¿De verdad me estás diciendo que no tienes disponibilidad de hombres?

La risa de Denise se tornó sarcástica.

—El noventa por ciento de los hombres en mi vida tienen cuatro patas.

Él lo dudaba. Denise era sumamente sensual. Si le agregaba la cualidad de ocurrente y con un gran sentido del humor, apostararía a que los hombres intentaban conquistarla todo el tiempo. Jugeteó con el cinturón de seguridad.

—Jase mencionó que tenías un refugio para perros.

—Es cierto. ¿Y tú?

—No tengo perros.

Su recompensa por haber malentendido la pregunta a propósito fue otra sonrisa y un vistazo al hoyuelo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy del FBI.

—¿Agente o apoyo?

—Agente.

—Ajá. ¿Qué te hizo elegir el FBI?

—Hice seis años en el Ejército y decidí que quería ser abogado.

Ella lo miró confundida.

—Pero no eres abogado.

—Claro que no. Esa porquería era de lo más aburrida.

Otra sonrisa seductora. Por todos los cielos. Debería hacer doblaje. De

películas porno.

—¿Qué hay de tu pasado cuestionable?

—¿Mi qué? —Había perdido el hilo de la conversación.

—Jase comentó que tenías un pasado algo cuestionable cuando llegaron a lo de Bree.

—Ah, eso.

—Sí, eso.

—La universidad era costosa.

—Sí.

—La GI Bill cubrió la mayor parte pero, si quería comer algo más que ramen, tenía que trabajar. Estuve como portero y como barman por un tiempo pero, entre la universidad y las trasnochadas, quedaba exhausto.

Ella dobló para entrar al barrio donde vivía él.

—De acuerdo.

—Un tipo con el que compartía un par de materias era exmilitar y parecía estar forrado en dinero. Pensé que traficaba drogas.

—¿De verdad?

—Sí. Finalmente, se lo pregunté.

—¿Si podías traficar? —Su tono de voz se elevó por la incredulidad, y giró la cabeza rápidamente para mirarlo.

—No. Me venció la curiosidad, y le pregunté si su familia era rica.

—Ah. —Los hombros de ella se relajaron un poco—. ¿Y?

—Era estríper.

—¿De verdad? —El tono humorístico regresó.

—Sí. Me contó sobre las audiciones que había, y el resto es historia.

—Tiene que haber más que “El resto es historia”.

—Digamos que yo tenía suficientes billetes dentro de los pantalones durante un viernes y sábado por la noche como para no trabajar el resto de la semana. Me gradué entre el mejor cinco por ciento de la clase.

Ella rio mientras giraba a la izquierda por la calle donde él vivía.

—Apuesto a que tienes historias jugosas.

Las tenía, pero no las compartiría con ella.

—Digamos que ustedes, las mujeres, son toquetonas.

Maldición, jamás había reaccionado tanto por la risa de una mujer. Era como si todo el pelo de su cuerpo estuviese sincronizado con la frecuencia de la risa de Denise.

—¿Cuál es? No veo los números de las casas.

Pensó en decirle que se había pasado y que diera la vuelta a la manzana, solo para pasar otros cinco minutos con ella.

—La próxima casa a la izquierda. La de la camioneta negra al frente.

Denise era diferente a las demás mujeres que había conocido, una combinación equitativa de “uno de los muchachos” con “la vecina ardiente”. No podía decidir si golpearla en el hombro o pedirle que se sentara sobre su rostro.

Ella se detuvo detrás de la camioneta, puso el utilitario en punto muerto y colocó el freno de mano. Hablaron al mismo tiempo.

—¿Está bien si...?

—¿Quieres...?

—Tú primero —propuso ella.

—Iba a preguntarte si querías pasar. —No tenía idea de por qué estaba invitándola. Su pene latió con fuerza dentro de los pantalones para sacar a la luz lo mentiroso que era. Quería que se sentara sobre su rostro; por eso la había invitado a pasar.

—Oh, qué bien. Porque necesito el baño.

Tal vez era su excusa para entrar.

—Me reservo el derecho de verificar en qué estado está, pero por supuesto. —Se bajó, tomó el bolso del asiento trasero y se dirigió hacia la puerta. Insertó la llave en la cerradura y sintió la presencia de ella a su derecha.

—¿Sin Sprocket? —Abrió la puerta y encendió la luz.

—Estará bien por unos minutos en el auto.

Él dejó las llaves sobre la mesa junto a la puerta.

—Sala, comedor, cocina. —Señaló con el dedo a medida que los nombraba.

Ella estaba parada justo detrás cuando él se dio vuelta. La mirada de ella pasó rápidamente por la boca de él antes de volver a levantarla.

—¿El baño?

Su tono de voz era áspero, lo que le recordó a la actriz que le había puesto voz a Jessica Rabbit. Ella deslizó las manos en los bolsillos traseros del short, y la remera se estiró por delante.

Levanta la mirada.

—Déjame verificar. Estoy casi seguro de que la tapa del inodoro está levantada.

Ella frunció levemente los labios.

—Está bien.

Encendiendo las luces a su paso, Chris entró al baño. La ducha necesitaba una limpieza, así que corrió la cortina. Bajó la tapa del inodoro, levantó la ropa interior del rincón y la arrojó a la bolsa con ropa sucia, que colgaba detrás de la puerta.

Denise esperó en el extremo del pasillo.

—Todo listo. —Se apartó de la puerta y abrió los brazos.

—Gracias. —Ella pasó a su lado y cerró la puerta.

Una idea revoloteaba por la cabeza de Chris. No era buena. Probablemente terminaría en la columna de “Fracasos épicos”. Sonrió con superioridad. Jamás había dejado de hacer algo solo porque era una mala idea.

CAPÍTULO 3

La luz del vestíbulo estaba apagada cuando Denise salió del baño y se detuvo en el pasillo oscuro. Quería quedarse. Pasar el tiempo. Tomar una cerveza. Hasta flirtear un poco.

Había pasado tanto tiempo desde que se había sentido atraída por alguien (desde que se había permitido sentirse atraída por alguien) que no estaba segura de poder flirtear sin quedar como una torpe.

No había sido broma cuando había dicho que la mayoría de los hombres en su vida tenían cuatro patas. El resto eran amigos, familiares o empleados. Sacudió la cabeza. ¿A quién engañaba? Se iría a casa y se acurrucaría con un libro, una copa de vino y Sprocket. Todo lo demás era una mala idea.

Chris había apagado las luces del techo y había encendido dos lámparas de mesa. Estaba de pie detrás de una silla con respaldo de madera, que había colocado en el centro de la sala.

Ella levantó las cejas e hizo la pregunta en silencio.

—¿Quieres ver un mejor ejemplo de mi pasado cuestionable?

Mala idea. Mala idea. La alarma de autopreservación sonó a todo volumen en la cabeza de ella.

Él golpeó los dedos sobre el respaldo de la silla, casi desafiándola a sentarse. Ella ignoró la advertencia que su mente le enviaba desesperadamente. Tiempo de arriesgarse.

—Sin levantarme ni darme vueltas. Aún estoy haciendo la digestión.

Él sonrió.

—Trato hecho. Siéntate.

Avanzó tres pasos, se sentó y colocó las manos sobre los muslos.

—¿Qué provocó esta idea?

Él jugueteó con el centro de música.

—Te veías decepcionada cuando no compartí ningún detalle jugoso.

—¿Ah, sí? Emmm.. No lo recuerdo. —No se había decepcionado: no había tenido ningún deseo de oír sobre él y la banda de fanáticas que seguramente había conseguido. Tampoco había querido explorar las razones por las que se oponía a oír al respecto.

Los primeros acordes de *Sail*, de AWOLNATION, se oyeron en los parlantes.

—Sí. Te pusiste nerviosa. Se notó en el rabillo de tu ojo. —Se tocó el rabillo de su ojo y caminó pavoneándose hacia ella.

—No me pongo nerviosa.

—¿Recelosa?

—No creo que eso sea mejor. —Ella deslizó las manos para aferrarse a los costados de la silla y se obligó a golpetear la parte inferior del asiento. Era eso, o apretar los costados hasta tener los nudillos blancos por el nerviosismo; no estaba segura de si debería estar haciendo otra cosa en lugar de estar allí sentada.

La música llegó al ritmo electrónico más alto y zumbó al ritmo de su propio corazón. Chris cayó de rodillas, las separó y sacudió las caderas. Levantó una rodilla y se deslizó por el piso con cada tiempo, como un bailarín ruso. ¿Cómo se llamaban? ¿Matrioshkas? No, esas eran las muñecas rusas.

¡Hola! ¡Concéntrate! Él se quitó la remera y reveló un pecho amplio, cubierto de tatuajes y de abdominales cincelados. Una calidez líquida se fusionó debajo del ombligo de ella y fluyó hacia abajo. Cielos... guau. Quería citar a Emma Stone en *Loco y estúpido amor* y preguntarle si le habían hecho *photoshop*.

Él arrojó la remera a cualquier lado, apoyó las palmas sobre las rodillas de Denise y las separó. Su rostro quedó muy cerca de donde se juntaban los muslos.

El calor se acumuló donde ella imaginaba que podía sentir su aliento. Intentando no dar un grito ahogado, inspiró profundo por la nariz. Denise no sabía qué había esperado: alguna versión cursi de los Chippendales tal vez, pero aquello era más de lo que había imaginado. Su reacción de lucha o de huida se activó, y peleó contra la urgencia de levantarse de golpe y correr hacia la puerta, o de abalanzarse sobre Chris.

Utilizando las piernas de ella como palanca, él se quedó cerca mientras se erguía. Giró dos veces y se detuvo al mismo tiempo que la música. Hizo una

voltereta hacia atrás, quedó sobre los brazos, con las piernas levemente arqueadas sobre él.

—Guau... —Cayó sobre su estómago—. Uuups. Hace tiempo que no hago ese movimiento. Debería practicar más.

Si eso era lo que podía hacer con su cuerpo sin practicar, Denise no quería imaginar lo que sucedería si comenzara a hacerlo. Con razón había podido pagarse toda la carrera.

—¿Cuál es tu movimiento distintivo?

¿Qué estaba haciendo? Era como si su libido (dormida hacía tiempo) hubiera tomado el control de su boca cuando lo que ella debería hacer era decirle: “Buenas noches, gracias por el show, lo siento, debo irme”.

Hizo una pausa en pleno movimiento de caderas.

—Emmm... No sé si puedo hacerlo ya.

—Inténtalo. —Por mal que sonara, ella necesitaba que él se cayera de cabeza para romper el ambiente.

—Oigo un desafío.

—Si eso es lo que te motiva...

Se arrodilló frente a ella otra vez y le acarició las piernas desde las caderas hasta las rodillas.

Maldición, esto podría no salir como lo planeé.

Él le cerró las piernas.

—Mantenlas juntas. —Le guiñó un ojo.

—Así no funciona. —Maldita su reacción refleja a la insinuación.

Él resopló, se puso de pie y se puso de espaldas a Denise. Sacudió el trasero y retrocedió hasta que quedó a horcajadas de ella. Dobló la cintura y apoyó las manos en el piso. Levantó una pierna sobre el respaldo de la silla y luego la otra, lo que dejó la cabeza de Denise entre sus muslos.

Ella tenía la entrepierna de él frente a su rostro.

Por favor, que no se tire uno.

Una vez que la primera risita se le escapó a Denise, no pudo controlar las que la siguieron. Sin ningún lugar apropiado para poner las manos, golpeó la parte externa del muslo de Chris.

La tela del vaquero le rozó la oreja cuando él se movió hacia adelante. Los músculos de la espalda de Chris se flexionaron cuando él apoyó los codos sobre las rodillas y giró para mirarla por encima del hombro.

—No es la reacción que solía recibir.

Ella sacudió una mano frente a ella, intentando recuperar el aliento.

—Lo siento. Todo en lo que podía pensar era... —Echó la cabeza hacia atrás y rio. Con una mano en el pecho y otra en el estómago, dio un grito ahogado y levantó la cabeza—: “Por favor, no te tires uno”.

Se cubrió el rostro con ambas manos y se inclinó hacia adelante, superada por su propia hilaridad. O por sus nervios. Fuera cual fuese el motivo, afortunadamente, había destruido el ambiente que se había creado. Sus carcajadas fueron menguando con alguna risilla ocasional y volvió a erguirse.

En algún punto, él se había arrodillado frente a ella, y su torso amplio y tatuado llenó la visión de Denise cuando abrió los ojos.

—¿Terminaste? —Se lo veía enojado.

Si ella no hubiese estado a unos centímetros de él, no habría visto la diversión en sus ojos azul caribeño. Se le escapó una risita involuntaria antes de obligarse a poner una expresión seria. Se aclaró la garganta.

—Sí.

Unos labios firmes y cálidos se apoyaron sobre su boca. La punta de la lengua de él recorrió el borde de los labios de ella y enviaba olas de lujuria a través de su cuerpo. Ella siguió el movimiento cuando él se puso de pie. Chris le tomó la cabeza con ambas manos y le sujetó los brazos a la altura de los hombros. El calor irradiaba de él y se acumulaba entre las piernas de ella.

La acercó más y cambió el ángulo del beso. Más profundo. Más ardiente. La excitó más que cualquier otra persona en años. Porque habían pasado años desde que un hombre la había besado. O excitado. O abrazado. O desde que había permitido que alguien se acercara lo suficiente para intentarlo. Sin embargo, allí estaba, en brazos de un tipo que rezumaba machismo alfa y atractivo sexual.

Sentía la piel tirante; su cuerpo se sintió muy pequeño de golpe para contener las emociones que sentía. No solo lujuria y deseo, sino otras también. Si la historia había probado algo, era que tener emociones era algo peligroso. Bajó la barbilla e inclinó la cabeza hacia adelante para romper el sello de sus bocas.

Él apoyó su frente sobre la de ella; su aliento cálido secaba la humedad en los labios de ella.

Mientras Denise observaba el pecho de Chris que subía y bajaba, luchó por aclarar sus pensamientos. Le había mentado a Bree cuando le había dicho que hiciera todo lo que ella haría, porque, en realidad, ella misma no lo haría.

No allí. No ahora.

Aflojó los dedos donde se había aferrado a los hombros de Chris y echó la

cabeza un poco hacia atrás.

—Debo irme —anunció.

—¿Estás segura? —Él aún no la había soltado.

—Sí. Yo... Sprocket sigue en el auto. —Maldición. Se había olvidado de su perra. Jamás se había olvidado de Sprocket ni había estado en una situación en la que no hubiera notado su ausencia. No desde que la había recibido.

—Podemos entrarla.

La posibilidad de adónde podían llegar las cosas esa noche invadió su mente. En segundos, evaluó las posibles acciones y las descartó una por una. Sin importar el resultado, el sexo llevaba a emociones, y las emociones no traían más que problemas. No se arriesgaría. Otra vez no.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Estás preocupada por Bree y por Jase?

—No. —Ella sacudió la cabeza—. Es complicado.

—¿No es así siempre?

Ella sonrió.

—Creo que será mejor irme a casa esta noche.

Él le pasó ambas manos por la espalda, hasta la cintura, antes de soltarla y de dar un paso atrás.

—Este no era el plan cuando te invité a pasar. —Levantó la remera del piso y se la puso.

—Lo supuse cuando casi te caíste de cabeza.

Él sonrió con superioridad.

—No fue mi mejor momento.

—Definitivamente, fue lo más entretenido que he visto en mucho tiempo. —Lo sintió cerca mientras se dirigía a la puerta. Ella aún sentía su corazón repicar en el pecho.

Chris pasó la mano alrededor de ella para agarrar la manija y volvió a rodearla.

—Denise.

Ella miró por encima del hombro; temía que, si se daba vuelta del todo, perdería toda su fuerza de voluntad y se treparía a él como a un árbol.

—Gracias por haberme traído. —Le besó la mejilla, cerca de los labios, y su labio inferior le rozó la comisura de la boca.

Ella ignoró la ola de sensaciones que la recorrieron entera.

—Por nada.

Él le abrió la puerta y se quedó en el umbral mientras ella caminaba hacia

el utilitario, haciendo su mejor esfuerzo para ignorar el peso de la mirada de él. Dejó bajar a Sprocket del área de carga para que subiera al asiento trasero.

Se subió y, finalmente, miró a Chris. Estaba parado con las piernas abiertas, los hombros relajados y las manos en los bolsillos. Aun así quieto, con una leve sonrisa en el rostro, tenía un aura de tipo rudo.

Maldición, era una idiota. El problema era que no sabía si se debía a que debería haberse quedado o a que no debería haber aceptado sentarse en esa maldita silla.

Sprocket frotó el hocico en su nuca.

—Lo sé. —Le rascó detrás de la oreja y encendió el auto—. Mami está tomando malas decisiones otra vez.

CAPÍTULO 4

Chris verificó el móvil por enésima vez desde el domingo por la noche. Ningún contacto. Ningún mensaje de texto. Ninguna llamada.

—¿Cita ardiente? —preguntó su compañero Phil.

Él levantó la vista del móvil.

—¿Qué?

—Es la décima vez que miras el teléfono desde el almuerzo. Y, como no es tu teléfono laboral, debo suponer que esperas que una chica te llame.

—Lo siento. Ninguna cita. —Abrió otro archivo en la computadora e intentó concentrarse en la inteligencia nueva que habían recibido.

—Vamos. Dale un respiro a este viejo casado. Necesito vivir indirectamente a través de otro.

—Amigo, eres dos años mayor que yo.

—Sí, pero estoy casado con Becca hace quince años. Programamos tener sexo tan solo para asegurarnos de que recordamos cómo hacerlo.

Chris sacudió la cabeza; ni siquiera intentó ocultar la sonrisa. Phil y su esposa eran la pareja a la que la gente adoraba odiar porque se veían genial juntos. También sabía que no era una pantomima, ya que había tenido la desgracia de contestar el teléfono de Phil un día, y Becca había soltado toda una descripción sobre lo que no tenía puesto antes de que él pudiera decirle que no era Phil.

—Si no hubo una cita ardiente, ¿cuál es la historia? —inquirió Phil.

Chris se reclinó sobre la silla y arrojó sobre el escritorio la lapicera con la que había estado jugando.

—No lo sé. Nos caímos bien, pero se fue. No sé nada de ella desde entonces.

—Hay una primera vez para todo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres el que suele evitar llamadas y mensajes de chicas hasta que ellas se rinden y desaparecen.

Maldición. ¿Era eso lo que Denise estaba haciendo? ¿Había malinterpretado la situación la otra noche?

No. Ella había estado interesada. Chris no sabía por qué ella había detenido las cosas, pero no creía que la razón fuera dejarlo plantado. Aunque no le había respondido sus mensajes.

—Eso no funcionará —señaló él—. Nuestros mejores amigos están saliendo, así que volveremos a vernos en algún momento.

—Entonces, supongo que tienes dos opciones.

—¿Cuáles serían, viejo sabio de las relaciones?

—Una, olvídalos. No actúes como si hubieras estado soñando despierto con ella...

—No lo hago.

—Y sé amable cuando estén en el mismo lugar por respeto a sus amigos.

—¿Y la otra?

—Dos... —Phil sonrió con superioridad—. Aparece frente a su puerta y pregúntale qué demonios sucedió. —Lo señaló con el dedo—. Pero no te conviertas en un acosador. —Sería la opción dos, entonces—. Son cincuenta dólares por la consulta —bromeó Phil.

—Agrégalo a mi cuenta.

—Maldición. Si alguna vez pagaras tu cuenta, mis tres hijos irían gratis a la universidad.

—La denominaremos “Fondo de Becas Christopher Nolton”.

—Bah... —Phil continuó leyendo sus propios informes, seleccionando información para prepararse para la reunión con el jefe de división al día siguiente. A las cinco, se aflojó la corbata y gruñó—. ¿Estamos bien para mañana?

Chris también se aflojó la corbata, que le apretaba el cuello.

—Sí, estamos bien. Terminaré el informe mañana, después de reunirnos con el resto del equipo, para que podamos darle al jefe un panorama completo.

—Suena bien. Debo irme. Phee tiene un encuentro de gimnasia esta noche y debo eludir el tránsito hasta el otro extremo de la ciudad.

—Dile que le deseo buena suerte.

Phil oprimió la esquina inferior del monitor para apagarlo.

—No se lo diré. Esa niña no necesita más suerte. Si clasifica esta noche, que casi está garantizado, tendré que gastar dinero en otro maldito leotardo. — Se puso de pie y corrió la silla abajo del escritorio—. Trescientos dólares por un pedazo de tela elástica que ni siquiera cubre el trasero de mi niña de catorce años. —Tomó su abrigo del respaldo de la silla y se lo puso—. Soy agente del FBI. ¿Por qué demonios estoy hablando de leotardos?

—¿Porque tienes tres hijas talentosas? —La pregunta era retórica. A la hija mayor de Phil, Phoebe, ya la buscaban entrenadores universitarios y olímpicos. Phil estaba sumamente orgulloso de sus niñas.

—Y no me hagas hablar de los trajes de baile de Fillipa.

Chris oprimió los labios.

—No se me ocurriría.

—Te veré mañana. —Phil saludó por encima del hombro mientras aún murmuraba sobre los costos de la lycra.

Chris sonrió y apagó su computadora. La pantalla vacía de su móvil se burlaba de él desde el escritorio. Al diablo. Ella había mencionado que vivía en un departamento en el refugio que administraba. Lo menos que podía hacer ella era rechazarlo en la cara.



DENISE MURMURABA una cadencia militar obscena mientras trotaba por la curva. Por lo general, correr la ayudaba a despejar la mente, pero hoy no dejaba de pensar en lo rápido en que Sarah estaba deteriorándose. No estaba lista para enfrentar la realidad de perder a una de las dos personas más cercanas a ella, pero esta certeza se cernía como una tormenta costera oscura, amenazante y opresiva.

La entrada a The Wiggle Butt apareció a la distancia, a unos cuatrocientos metros, por el camino rural. Los perros que había llevado a correr presintieron que estaban cerca del final e intentaron aumentar la velocidad, lo que la sacó de sus pensamientos lúgubres. Ella los llamó y aminoró la marcha para que regresaran a su lado. Mantuvo su ritmo normal de nueve minutos hasta que llegaron a la entrada.

Los llamó una vez más y comenzó a caminar. Se llevó las manos a las caderas y observó las puntas de su calzado mientras caminaba. El perro de la derecha tiró de la correa.

—*Nein*. —Lo acercó con la correa—. *Fuss*.

Al levantar la vista, vio a Chris sentado en la escalera que llevaba a su departamento. ¡Cielos!, se veía bien sin remera, pero con una camisa azul abierta para mostrar el tatuaje del pecho y una barba incipiente... Absolutamente delicioso, como para derretir la ropa interior.

Un cosquilleo comenzó a recorrerla debajo del ombligo. Un cosquilleo del que creyó que nunca volvería a aparecer.

Ya había tomado la decisión de enviarle un mensaje al regreso de su corrida. Bree había tenido que ir a la comisaría la noche anterior por otro asesinato, y ella misma había tenido una seguidilla de entrenamientos durante todo el día, lo que no le había dado demasiado tiempo para pensar sobre lo que quería decirle. “Lamento haberte dejado las pelotas azules” parecía un poco atrevido.

—Hola. —Se oyó entrecortado, ya que todavía estaba recuperando el aliento de la corrida. El perro más joven intentó tirar otra vez para acercarse a Chris, feliz de ver a una persona nueva—. *Nein. Sitz*.

El perro gimió, pero obedeció.

—¿No te preocupa que te corten a la mitad? —preguntó él.

Ella bajó la mirada hasta el cinturón con correas manos libres, suponiendo que era donde se dirigía su mirada, ya que no se había quitado los anteojos de sol.

—No. Solo lo uso con perros que ya están entrenados.

—¿Llevas a todos los perros a correr? —Tenía los codos sobre las rodillas, y las manos caían relajadas entre las piernas separadas.

¿Había venido solo a hablar de perros? Sacó una botella de agua del bolsillo de la riñonera y bebió un poco.

—Solo si un cliente pide que lo entrene, o si el perro tiene mucha energía.

—¿Puedo acariciarlos?

A Denise le alegró que preguntara. Mucha gente no lo hacía, creyendo que los perros solo eran mascotas. Liberó la correa derecha de su cintura y esperó hasta que el perro se tranquilizó para decirle: “*Frei*”.

—¿Órdenes en alemán? —Rascó a la perra detrás de las orejas.

—Sí. Ayuda a evitar que alguien más confunda a los perros al intentar darles órdenes.

—¿Tiene nombre?

—Sadie.

—¿Y aquel?

Ella miró al perro que estaba sentado pacientemente a su izquierda.

—Chimuelo.

—¿No tiene dientes?

Sus manos se detuvieron cuando ella rio.

—Tiene dientes. Se llama como el dragón de *Cómo entrenar a tu dragón*. La hija del cliente le puso el nombre. Dijo que era todo negro como Chimuelo, así que su padre se quedó con ese nombre.

—Ven a cenar conmigo.

El corazón de ella se sobresaltó y se esforzó por mantener la respiración constante. Estaba parada frente a un precipicio. Sería muy sencillo dar un paso atrás. Y seguro. Quedarse en su zona de confort con sus perros y con los pocos amigos que tenía. Un paso hacia adelante significaba lanzarse hacia lo desconocido. Arriesgarse a permitir que alguien ingresase en su espacio personal estrictamente controlado, aun si fuera por un rato.

—No. —La expresión en el rostro de Chris se endureció, y encorvó los hombros hacia adelante de manera casi imperceptible—. Ya tengo la cena en la olla de cocción lenta, así que tendremos que comer aquí.

Se notó cuando él se relajó.

—¿Qué estás cocinando?

—Pollo con salsa búfalo. —Liberó la correa de Chimuelo y se quitó el cinturón—. Además, hoy no es una buena noche.

—¿Por qué? Si no te molesta que pregunte...

—Miro *Face Off*. ¿Puedes traerla? —Señaló a Sadie con la cabeza—. Debo ponerlos en los caniles y alimentar a todos.

Él se puso de pie, y ella lo sintió cerca.

—¿Qué es *Face Off*? —Le siguió el paso.

—Uno de los dos *reality shows* que miro.

—¿Es sobre asesinatos en masa?

Llegaron al establo reformado; ella levantó el cerrojo de la puerta.

—No. Ya verás.

Chris la ayudó a llenar los cuencos de comida y de agua antes de abandonar el establo y de seguirla por el camino de grava hasta la oficina.

Era raro subir la escalera que daba a su departamento de a un escalón por vez, en lugar de subir de a dos, pero Denise no quería que pareciera que estaba apurada ni huyendo de él. Era demasiado consciente de que su trasero debía estar justo frente al rostro de él mientras subía. ¿Le corría sudor por la espalda hasta el trasero? Debería haberlo dejado subir primero.

Abrió la puerta, y él se aproximó por detrás mientras entraban al departamento. Ella se quitó los zapatos junto a la puerta mientras Sprocket caminaba hacia ellos.

—Hola, chica. —Le frotó las orejas y se inclinó para que Sprocket le olfateara el rostro.

—¿No la llevas a correr? —indagó Chris. Sus pasos resonaban detrás de ella.

—Cielos, no. Es la perra más perezosa del mundo. Es una lucha hacer que camine hasta el buzón.

Ella echó un vistazo al departamento con ojo crítico, considerándolo desde la perspectiva de un tercero. La única persona que había estado allí en mucho tiempo era Bree. Con solo setenta y cinco metros cuadrados, así y todo, era más de lo que ella necesitaba. La mayoría del espacio estaba ocupado por la cocina y por el dormitorio, dos áreas en las que no había querido escatimar. Miró por encima del hombro.

—No es mucho, pero es un hogar.

—Es lindo. —Se levantó los anteojos y los colocó sobre la cabeza—. ¿Cómo conseguiste este lugar?

—¿La propiedad o el departamento? —inquirió ella mientras se dirigía a la cocina.

—¿Ambos?

—Bree encontró el terreno con el establo ya construido. Necesitaba un techo, pero las viejas caballerizas eran perfectas para lo que queríamos hacer. —Abrió la heladera y sacó una jarra grande de agua—. Cuando Bree y yo decidimos abrir el refugio, yo vivía en un departamento horrible en Raleigh. Necesitábamos una oficina, y Bree me convenció de hacer una estructura de dos pisos para poder construir un departamento para mí. —Sirvió dos vasos de agua y guardó la jarra—. Necesito bañarme. Puedes esperarme aquí. —Se dio cuenta de que no había otro lugar donde pudiera sentarse—. Bueno, es el único sitio donde puedes esperarme.

Chris dio un paso hacia ella.

—¿Quieres decir que no puedo esperar en tu dormitorio? —consultó con una sonrisa.

—Lo siento, no. No es una opción.

Él se encogió de hombros.

—No costaba nada preguntar.

Extrañamente decepcionada, aunque ella le había dicho que no, señaló el

control remoto del televisor y le dijo que se sirviera lo que deseara. Se duchó rápido, sin siquiera tomarse el tiempo para colocarse acondicionador en el pelo como siempre hacía. Se puso unos vaqueros y una remera con escote en V, y se recogió el pelo en un rodete.

Chris estaba cambiando canales cuando ella salió del dormitorio, seguida de cerca por Sprocket.

—¿Comeremos pronto? Porque huele delicioso —comentó él, mirando por encima del respaldo del sofá mullido.

—Ahora mismo. Uso hojas de col para envolver el pollo.

Él se levantó del sofá y se le unió en la mesada. La camisa estaba un poco tirante en los hombros, lo que estiraba las costuras. Los brazos quedaban cubiertos por la delgada tela. De verdad necesitaba una camisa más grande, pero no se luciría tan bien su físico.

Denise reaccionó y fijó la mirada en la de él.

—Pero también tengo tortillas si prefieres.

—La verdad jamás comí hojas de col crudas.

—No son feas. —Ella se encogió de hombros y abrió la heladera. Tomó un manojo de estas hojas y el cuenco con ensalada de repollo—. Le agrega un sabor fresco al pollo y a la ensalada. Te prepararé uno con la hoja de col y, si no te gusta, puedes usar las tortillas. —Quitó la tapa de la olla de cocción lenta, y emergió el aroma a salsa caliente.

Chris asomó la nariz e inhaló profundamente.

—Cielo santo, mujer, huele bien.

—Espera a que lo pruebes. —Denise sacó las pechugas de pollo y las trozó. Volvió a ponerlas en la olla y las mezcló con la salsa. Colocó pollo y repollo sobre las hojas de col y preparó dos porciones para cada uno.

Él miró su plato y luego la miró a ella.

—¿Eso es todo?

Ella sonrió ante su tono de incredulidad.

—Puedes comer más. —Levantó el plato—. Suelo comer en el sofá.

—Por mí está bien.

La siguió una vez más y, cuando se sentaron en el sofá de cuero de dos cuerpos, él ocupó más que su mitad correspondiente. Ella pudo volver a sentir su calor, aunque él estaba al menos a treinta centímetros de distancia. Un cosquilleo se formó en la parte baja de su abdomen.

De verdad, necesitaba controlar esas reacciones que él le provocaba. Acomodó las piernas debajo de ella y preguntó:

—¿Te molesta si vemos *Jeopardy* antes de *Face off*?

—Tu casa, tu televisor.

—¿Me pasas el control remoto?

Él sostuvo el control frente a su pecho en lugar de dárselo, lo que la obligó a estirar el brazo para tomarlo. Una pequeña sonrisa se asomaba por la comisura de sus labios y le traía el recuerdo de cómo se sentían esos labios sobre los de ella. Denise tomó el control más abajo de lo que era necesario y arrastró las yemas de los dedos por la mano de él. Chris se mojó los labios, y ella pudo ver que sus tetillas se endurecían debajo de la camisa.

Ella podría estar fuera de práctica, pero aún sabía cómo jugar el juego.

—Gracias —expresó antes de girar la cabeza hacia el televisor y de comenzar a cambiar canales como si no hubieran estado flirteando por el control remoto. La mirada de él le quemaba la piel. Lo miró y levantó las cejas—. ¿Qué?

Él sacudió la cabeza.

—Nada. —Tomó uno de los envoltorios y lo mordió. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gruñó—. Cielos —señaló con la boca llena—. Maldición. ¿Cocinas así todo el tiempo?

—Eh... Posiblemente, coma esto durante una semana.

Él mordió otro bocado.

—No, no lo harás. No te quedará suficiente.

—¿Por qué no?

—Porque me lo comeré todo. Está muy bueno. —Terminó el resto de la primera porción y comenzó con la segunda. La terminó antes de que ella hubiera terminado la mitad de la primera—. Puedo servirte, ¿verdad? —Ni siquiera se molestó en esperar una respuesta, sino que se puso de pie y caminó hacia la cocina.

—Sí.



LA OBSERVÓ mientras se servía más. Cielo santo, hacía buena comida. Nunca había tomado en cuenta el viejo refrán: “La forma de llegar al corazón de un hombre es por su estómago”, pero ahora comprendía de dónde provenía. El departamento se ajustaba a ella: muebles de cuero confortables, bibliotecas con libros de diferentes temas, fotos de familia y de amigos en las paredes,

pero nada de chucherías. El departamento era... ella. Sin aspavientos, sin tonterías, pero había algo allí que lo hacía querer relajarse y quedarse por un tiempo.

Regresó al sofá y se sentó un poco más cerca de ella. A ella no le quedaba lugar para huir.

El teléfono sonó; ella miró el identificador de llamadas antes de contestar. Lo observó con expresión de disculpas.

—Hola, cariño. ¿Qué sucede?

Él no creyó que fuera un tipo. Por lo menos no un tipo del que tuviera que preocuparse si lo llamaba “cariño” en ese tono.

—De acuerdo, ¿puede hablar por teléfono? —Apoyó el plato sobre la mesita de centro junto a ella y desdobló las piernas—. ¿Comieron?... ¿Quieres que les lleve pollo búfalo, o quieren algo de McDonalds?... McDonalds será... Llegaré pronto. —Apartó el teléfono de la oreja y giró en el sillón para quedar más de frente a él. Subió una pierna flexionada, que quedó entre los dos—. Debo interrumpir la cena. Mi prima no se siente bien, y sus hijos no comieron nada desde el almuerzo en la escuela.

—¿Tiene gripe? —Mordió el último trozo de envoltorio.

Denise jugó con el dobladillo de la remera.

—Tiene cáncer terminal. Se suponía que iría a un hospital de cuidados paliativos el mes próximo, pero creo que será antes.

—Lamento oír eso. —Era terrible perder a alguien así—. ¿Qué edad tienen los niños?

—Nueve y ocho, pero a veces parecen mucho más grandes. —Levantó los platos y los llevó a la cocina para colocarlos en la piletta.

—¿Cuánto tiempo tienen de diferencia?

—Son gemelos irlandeses —respondió ella mientras desenchufaba la olla de cocción lenta.

Él tomó la ensalada de repollo y la guardó en la heladera.

—No sé qué significa.

—Tienen menos de un año de diferencia.

—Oh, guau, ¿en serio?

—Sí. —Su tono no permitía más preguntas sobre sus pequeños primos segundos. Se había vuelto más distante en los últimos minutos, como si estuviera cerrándose: no lo miraba y daba respuestas cortas—. Vamos, Sprocket, vamos a ver a los niños.

Sprocket se levantó con pesadez de su lugar en el suelo. Denise cerró con

llave mientras Chris bajaba las escaleras y la esperaba al pie.

—Lamento que la noche se interrumpiera, pero gracias por la cena. — Deseaba que ella tuviera el pelo suelto. Un mechón suelto que él pudiera acomodarle detrás de la oreja o apartarle del rostro, así tendría una razón para tocarla.

—Por nada. —Desvió el cuerpo como si ya hubiese comenzado a caminar para alejarse de él—. Gracias por venir sin avisar.

Él guardó las manos en los bolsillos para evitar tocarla. Recordó cómo los pechos de ella se oprimían contra su torso y quería volver a sentir eso. Eso y más.

—Eso te pasa por ignorarme.

—Iba a enviarte un mensaje esta noche. Con todo lo que le ocurrió ayer a Bree y la seguidilla de citas que tuve hoy, no tuve la oportunidad de hacerlo antes. No intentaba ignorarte.

—¿Qué sucedió con Bree?

—Es una historia un poco larga; tuvo que ir a la comisaría ayer. Jase sabe todo al respecto. Él puede contarte, pero yo debo ir a ocuparme de mis primos. —Señaló hacia la parte trasera del edificio, donde él supuso que ella guardaba el auto.

Al diablo. La tocaría. Se inclinó hacia adelante, la tomó suavemente del brazo y le besó la comisura de la boca como lo había hecho el domingo por la noche, cuando apenas le había tocado el borde de los labios. Él sintió el escalofrío que la recorrió a medida que le deslizaba los dedos por la parte trasera del brazo hasta la mano. Le oprimió los dedos antes de soltarla.

—No desaparezcas —le pidió él—. Intentaré no acosarte con mensajes. — Se subió a la camioneta y observó mientras ella caminaba hacia la parte trasera del edificio con el perro enorme a su lado. Denise apoyó la mano sobre la cabeza del animal y deslizó los dedos por el pelaje. Chris encendió el motor y condujo hasta casa, con más determinación que nunca de descubrir el misterio que suponía ser Denise Reynolds.

CAPÍTULO 5

Chris atrapó la pelota de fútbol americano de gomaespuma, arrojada en un espiral perfecto a su cabeza.

—¿Sabemos algo de Andrew o de Teresa?

Él y los restantes tres miembros de la nueva fuerza de tarea estaban debatiendo sobre la situación con los Anarquistas Sureños, una pandilla de motociclistas. Él se negaba a considerarlos un club. Él tenía amigos en un club; incluso conducía con ellos a veces. Los AS traficaban armas y drogas, y estaban expandiéndose a la trata de personas. No eran nada parecidos a los tipos del club que él conocía.

—No —contestó Phil—. Hace tres meses que no se sabe nada de ellos. No asistieron a las últimas dos reuniones con su agente de contacto.

Stephanie, el miembro más nuevo del equipo, levantó las manos, y Chris le lanzó la pelota.

—No es normal, ¿verdad?

—Han faltado a alguna que otra reunión, pero nunca a dos seguidas.

—Maldición —expresó Darren—. Tengo un mal presentimiento sobre todo esto.

Stephanie oprimió la pelota.

—Mi fuente me dice que los enviaron de viaje al norte de Georgia, y él no los ha visto ni ha sabido de ellos desde entonces.

—¿Mencionaron ese viaje durante la última reunión? —indagó Darren.

—No está en sus notas. —Ella le arrojó la pelota.

Chris caminó de un lado al otro, junto a la mesa, en la sala de conferencias, con las manos en la nuca. Tenía el mismo mal presentimiento que Darren. Stephanie confiaba en su fuente, pero ninguna fuente era perfecta. Era

posible que jugara para ambos bandos, que se vendiera al mejor postor. O que pasara información incorrecta a pedido de su pandilla. De cualquier modo, su instinto le decía que algo raro sucedía y que, probablemente, Andrew y Teresa estaban muertos. No compartió su opinión, aunque él y Phil intercambiaron unas cuantas miradas de preocupación.

—¿Qué hay sobre los rumores acerca de que a Eddie Perry podrían darle libertad condicional? ¿Cómo impactará eso en la dinámica de la pandilla? —preguntó Darren.

—Buena pregunta —señaló Chris y tomó la pelota. La oprimió y la arrojó de una mano a la otra mientras caminaba—. Podría provocar una lucha por el poder. Nos sería más fácil poder terminar con ellos.

—¿Quién es Eddie Perry? Aún estoy aprendiendo quiénes son los personajes principales —comentó Stephanie.

—Posiblemente solo hayas visto su nombre de pasada. Fue vicepresidente de los AS. Lo enviaron a prisión antes de que llegaras —explicó Phil.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Homicidio involuntario. Golpeó a un buen samaritano hasta la muerte cuando intentó ayudar a la exmujer de Eddie a alejarse de él en una gasolinera —contó Chris.

—¿Quién es la esposa? ¿Es una fuente con la que podemos contar?

Phil revisó un archivo que estaba sobre la mesa.

—Sarah Reed. Vive en Fayetteville con sus dos hijos. Es una maldita maestra jardinera.

—¿Cómo demonios se metió con un tipo como Eddie Perry? —inquirió Darren.

Phil pasó unas páginas más.

—No dice.

—Al menos tendremos algo de ventaja con los niños si Eddie sale con libertad condicional —comentó Stephanie.

Esa línea de pensamiento no era del agrado de Chris.

—¿Desde cuándo usamos a los niños como ventaja?

—No lo hacemos. —Chris se dio vuelta cuando Richard Dickson, su jefe de sección, entró a la sala de conferencias—. Los niños quedan fuera de los límites.

Stephanie tuvo la sensatez de retractarse.

—No quise decir que los utilizáramos como carnada ni nada de eso.

—No los usaremos de ninguna manera —replicó él. Observó a Stephanie

enojado por unos segundos más antes de dirigir su atención hacia Chris—. Nolton, la directora está revisando el informe que enviaste. Si lo aprueba, te enviaremos a ti.

Chris se quedó quieto.

—¿Encubierto?

—Sí. Tu historia será que eres el hermano de Dillon y que lo estás buscando, ya que no has sabido de él. Tienes la experiencia y el aspecto.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Ella quiere darle al equipo más tiempo para ponerse en contacto antes de enviar a alguien más. —Eché un vistazo al resto del equipo—. Irás solo esta vez.

—Entendido. —Intentó mantener el tono sin indicios de entusiasmo. Estar en terreno contrario era una de las cosas que adoraba de su trabajo y una de las cosas que más extrañaba de ser un Ranger.

—Y dejen de arrojar esa maldita pelota por la oficina. Estoy harto de reemplazar monitores de pared. —Dio media vuelta y abandonó la sala.

—Es de gomaespuma, jefe —señaló Chris mientras él se iba.

—Me importa un comino.

Chris sonrió y atrapó la pelota que Darren le había arrojado.

—Aún me causa gracia que su nombre sea Dick Dickson —comentó Stephanie.

—No dejes que te oiga llamarlo “Dick” —señaló Phil—. La última vez que alguien lo llamó así, dio vuelta un escritorio. Literalmente.

Sonó el móvil de Chris, y le arrojó la pelota a Phil mientras lo sacaba del bolsillo. Era Denise.

DENISE: ¿Ocupado?

Chris: Un poco temprano para una llamada de connotación sexual.

Denise: Ja, ja. Necesito a alguien que me acompañe a buscar un perro. Mis empleados tienen clases, y Bree está trabajando.

—¿ESTAMOS bien con lo que tenemos hasta ahora? —les preguntó a todos.

—¿Otra cita ardiente? —inquirió Phil.

—¿No tienes un espectáculo de danza al que asistir? —se burló Chris.

Phil dio un salto en la silla.

—¡Maldición! ¿Qué hora es?

—Tres y treinta —respondió Darren.

—Demonios. Sí, estamos bien. Debo irme. —Recogió los documentos frente a él y rodeó la mesa.

Chris rio.

—Bromeaba.

—Que los dioses malignos de la procreación te concedan cuatrillizas. —
Phil salió corriendo por la puerta.

—De acuerdo. A menos que ustedes dos tengan algo más, creo que terminamos por hoy.

Juntaron los archivos desparramados por la mesa y abandonaron la sala.
Chris envió un mensaje a Denise cuando llegó a su escritorio.

CHRIS: Puedo ayudar.

Denise: Gracias. ¿Puedes encontrarme allí? Probablemente necesite llevar al perro al veterinario.

Chris: Claro.

Denise: Gracias. Te envió la dirección.

ÉL BUSCÓ la ubicación en la aplicación del móvil.

CHRIS: Dame treinta minutos.

Denise: De acuerdo.



DENISE GIRÓ el móvil una y otra vez sobre la pierna mientras observaba la casa al otro lado de la calle, donde había estacionado. Echó un vistazo al teléfono y se cuestionó la idea de haberle escrito a Chris para pedirle ayuda. Sprocket acercó el hocico a la oreja de ella. Denise le rascó detrás de la oreja.

—Estoy bien. Solo nerviosa. Aunque es extraño. Es solo un hombre, ¿verdad? No es como si fuera una cita. Está ayudándome a recoger a un perro. Cuantos más seamos, menos peligroso será.

Sprocket se relamió.

—No eres de gran ayuda, ¿sabes? Al diablo. —Maldición, sus emociones estaban descontroladas; querían la oportunidad de tal vez encontrar lo que Bree había encontrado y, al mismo tiempo, mantenerse a salvo en su propio mundo. No había nada de malo en eso. La seguridad era cómoda. Familiar.

La seguridad era... segura.

Dio vuelta el teléfono para decirle a Chris que no se molestara. Pasó el pulgar por la pantalla antes de arrojarlo al posavasos.

—Maldición.

Por el espejo lateral vio una camioneta estacionarse detrás de ella. Observó por el espejo retrovisor mientras Chris abría la puerta y se bajaba. Mmmmm, los pantalones deportivos le quedaban bien. La remera lisa, de manga largas, se ajustaba a su pecho y a los brazos musculosos. Ella se lo imaginó con el torso desnudo, con el tatuaje que le cubría el pecho.

Era una maldita masoquista.

Él se quedó observando el vecindario, y ella podía ver el estado de alerta en su cuerpo. La leve tensión en los músculos. La manera en que evaluaba ambos extremos de la calle. No estaban en la mejor zona de Fayetteville. En realidad, estaban en una de las peores zonas de Fayetteville, razón por la cual ella necesitaba que alguien la acompañase. Ella se limpió las manos sobre los pantalones de camuflaje y colocó la pistolera discreta a un costado de la cintura.

—Quédate —le ordenó a Sprocket. Se bajó del auto y oprimió el botón del llavero remoto para cerrarlo—. Gracias por ayudar. No estaba segura de si podrías venir.

—Les dije que tenía que hacer algunos trámites. —Miró la casa detrás de ellos—. ¿Dónde está el perro?

—Enfrente. —Señaló el dúplex en ruinas con madera a los costados, donde unas vigas de diez centímetros por diez luchaban por sostener el techo hundido del porche. No había nadie afuera ni había autos frente a la casa. Él desvió la mirada hacia la cadera de Denise, donde ella había acomodado la pistola semiautomática. Ella la cubrió con la remera—. ¿Listo?

Él asintió, pero no dijo nada. Ella se encogió de hombros mentalmente, cruzó la calle y bordeó la casa.

—¿No vas a golpear?

—No —respondió ella mientras se abría paso entre la maleza—. La persona que llamó dijo que no había nadie en casa y que debía recoger al perro hoy.

—¿Alguien simplemente llamó y dijo que había un perro, y que lo vinieras a buscar?

Ella podía oír la duda en su voz.

—Pasa todo el tiempo, desafortunadamente. Muchos refugios no aceptan ir a buscar a un perro. Quieren que quien lo vaya a entregar lo lleve en persona. Si alguien lo lleva a una perrera y el perro es de una raza considerada peligrosa, lo matan automáticamente.

—¿Cómo sabes que no es una trampa? —Su tono era acusatorio.

Ella se detuvo y lo observó, incrédula.

—¿Una trampa para qué?

Él la miró enojado, pero no parecía tener una respuesta, así que ella continuó caminando. En cuanto llegó a una cerca de alambre, notó a la perra blanca y marrón claro encadenada a un poste, al otro lado del patio. El animal estaba acostado y no se movía.

—¿Qué es eso junto a su trasero? —preguntó Chris.

—Si tuviera que adivinar, diría que es su útero. —Levantó el pasador de la cerca y abrió.

—No soy veterinario, pero ¿no se supone que debe estar dentro de su cuerpo? —El disgusto era evidente en su tono de voz.

—Sí.

—¿Qué causa eso?

—Hay varias causas pero, la mayoría de las veces que lo vi, fue en perros a los que utilizaban como fábricas de crías. Es por eso que la persona que llamó me pidió que viniera.

Denise rodeó a la perra para que la viera llegar, en lugar de aparecer por detrás de ella. El animal abrió los ojos, pero apenas si la miró.

—Hola, bonita —susurró mientras se agachaba frente a ella. Estiró la mano para permitirle olfatearla. El animal le lamió la mano una vez—. Qué dulce perrita. —Sacó un bozal de red del bolsillo trasero—. Te pondré esto en el hocico para que ninguna de las dos salga lastimada, ¿de acuerdo?

La perra no se resistió, y Denise no quiso pensar si estaba acostumbrada al bozal o si solo se había rendido. Ninguna de las dos opciones era buena.

—¿Qué le hacen a esa perra?

Denise se puso de pie y miró a la mujer que estaba parada en el porche de al lado.

—Nos la llevamos. —Movi6 la mano m1s cerca del arma y sinti6 que Chris se aproximaba por el otro lado.

La vecina apoy6 la cadera en la barandilla y se cruz6 de brazos.

—¿Eres la chica de los rescates?

—¿Usted fue quien llam6?

—SÍ. Esa perra est1 casi muerta, y a esos tipos les importa un bledo. Mi sobrino dijo que deberÍa llamarte.

—¿Qui6n es su sobrino?

—Mario Thompson. —El nombre le sonaba conocido a Denise, pero no podÍa asociarlo con un rostro—. Le diste a su perro Bravo el aÍo pasado.

Ella sonri6.

—Lo siento, soy mejor recordando perros que personas.

—Él dijo lo mismo. Las crÍas est1n debajo del porche. —Entr6 a la casa sin decir otra palabra.

Denise mir6 a Chris.

—¿Puedes llevarla al auto mientras busco a los cachorros?

Él frunci6 el ceÍo.

—Est1 bien.

Ella lo ayud6 a quitar la cadena, y 6l levant6 a la perra en brazos, sin dejar de hablarle en voz baja. Denise le coloc6 el llavero remoto en la mano.

—El bot6n est1 bajo tu pulgar. Presi6nalo dos veces y col6cala en el 1rea de carga por ahora.

Él asinti6 y la mir6 enojado.

¿Qu6 fue eso? Ella sacudi6 la cabeza y se fue en busca de los cachorros.

CAPÍTULO 6

Chris apoyó a la perra sobre una almohadilla, en la parte trasera del utilitario de Denise y le pasó la mano por el costado. Las costillas sobresalían de su pelaje corto. Él no estaba seguro de qué lo enfurecía más: el estado de la perra o el riesgo que Denise había corrido al ir hasta aquella parte de la ciudad. Sabía de buena fuente que una importante pandilla controlaba la zona y que no tomarían bien el hecho de que una chica blanca apareciera por allí y se robara un perro. Demonios, la perra que estaba en la parte trasera del auto bien podría ser parte del negocio de los perros de pelea.

Denise rodeó el auto, con una caja de cartón en las manos.

—Toma los cachorros y colócalos cerca de la panza de la madre.

Él miró dentro de la caja y vio cuatro cachorritos que se sacudían. Y uno que no se movía.

—¿Qué tiempo tienen? —Levantó a dos y los colocó cerca de la madre. Enseguida se prendieron para alimentarse. La perra por fin levantó la cabeza y observó a los cachorros.

—Seis semanas. Quizás. No deberían haberlos separado de la madre todavía. —Sprocket gemía desde el asiento trasero—. Está bien, cariño. Los llevaremos con la doctora Abbie.

—¿Quién es ella? —Él colocó los otros dos cachorros junto a los primeros.

—La veterinaria que se ocupa de los perros del refugio. —Bajó la caja y la deslizó hasta el fondo del vehículo.

—¿Y el otro cachorro?

Ella sacudió la cabeza y oprimió los labios. Ambos retrocedieron, y ella cerró la puerta.

—Gracias por haber venido.

—Respecto de eso...

—¿Respecto de qué?

Un sedán gris oscuro dobló la esquina y pasó junto a ellos. El conductor bajó la velocidad y los observó detenidamente mientras pasaba. No era momento para reprocharle el haberse puesto en peligro.

—¿A qué hora estarás en casa?

Las cejas de ella se unieron.

—En una hora, más o menos. ¿Por qué?

—Te veré allí. —Caminó hasta su camioneta y abrió la puerta.

—¿Para qué?

¿Hablabas en serio?

—Lo charlaremos en tu casa. Ahora debemos irnos de este vecindario antes de que alguien se detenga a preguntarnos qué estamos haciendo. —Se subió a la camioneta y encendió el motor, esperando a que ella hiciera lo mismo. Ella revoleó los ojos, y él se aferró al volante para evitar bajarse y gritarle allí mismo.

Jamás había entendido lo de querer golpear a una mujer pero, maldita sea, ahora lo comprendía. La actitud desenfadada de ella al ponerse en una situación peligrosa estaba enfureciéndolo. Ella no tenía la más maldita idea de lo que podría sucederle en esa clase de vecindario.

Su ira continuaba creciendo mientras ella se alejaba del cordón. La siguió hasta la autopista All American y luego continuó su camino hasta el gimnasio. Necesitaba quemar algo de esa furia.



MEJOR QUE ESAS sean las malditas luces de su camioneta. Había estado esperando más de una hora a que Denise llegara a su casa. Había esperado que ella ya estuviera allí cuando terminó de hacer ejercicio y de ducharse, pero su ira volvió a aparecer con todas sus fuerzas cuando ella no había estado esperándolo ni había respondido sus llamadas ni sus mensajes. Se levantó del escalón cuando oyó los pasos de ella sobre la gravilla.

—¿Por qué demonios tardaste tanto?

Sprocket le olfateó los zapatos y subió las escaleras, pero Denise se detuvo al borde de la luz emitida por el reflector, semioculta por las sombras

detrás de ella.

—Hola, Denise. Pensé que regresarías antes. —Lo dijo con un tono más grave. Luego, dio un paso hacia la izquierda—. Lamento haber demorado más de lo que pensaba, Chris.

Volvió hacia la derecha.

—¿Está todo bien? Te ves terrible.

Un paso a la izquierda.

—En realidad no, Chris. La perra necesitó una cirugía de urgencia, que costará una fortuna, y tal vez ni siquiera sobreviva. Luego recibí un llamado para avisarme que a mi prima la habían llevado a Urgencias y tuve que quedarme con los niños hasta que mis padres llegaron.

De nuevo hacia la derecha.

—Lamento oír eso. Déjame ser un imbécil desgraciado en otro momento. —Se abrió camino frente a él y subió las escaleras. Sus pasos resonaban más fuerte en cada escalón.

Maldición. Chris se pasó la mano por el rostro y la siguió hasta arriba. Sostuvo la puerta antes de que ella la cerrara.

—Es tarde, y de verdad no estoy de humor para lidiar con lo que sea que se te ocurrió esta vez.

—¿No estás de...? ¿Tienes idea del peligro en el que te pusiste hoy?

Ella abrió la heladera con fuerza y sacó una botella de vino.

—¿De qué hablas?

—Es una de las peores zonas de Fayetteville. Ni siquiera la Policía entra allí, a menos que los llamen por algo importante.

—Soy consciente de eso, razón por la cual estaba armada.

—Eso es otra cosa. ¿Tienes permiso de portación oculta de arma? ¿Tan siquiera sabes cómo disparar esa maldita cosa? —La mirada de Denise le advirtió de inmediato que había cruzado algún límite.

Apoyó la copa de vino con fuerza. Su mirada era estable, sin ninguna emoción. No rompió el contacto visual mientras sacaba el arma de la pistolera, dejaba caer el cargador, deslizaba la corredera y dejaba salir el cartucho. Atrapó la bala en el aire, quitó la corredera del armazón sin mirar y arrojó las dos piezas sobre la mesada, junto a la copa de vino.

—No sabes ni una maldita cosa sobre mí. Solo porque nos besamos y cenamos una vez no significa que puedas irrumpir en mi departamento y machoexplicarme nada como si fuera una estúpida.

Maldición. Lo había arruinado todo.

—Denise...

—Vete. —Se sirvió vino en la copa y se negó a mirarlo.

La urgencia de arreglar lo que sabía que había arruinado amenazaba con apoderarse de él. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo cuando Sprocket se cruzó en su camino y le rugió por lo bajo.

Denise se alejó de la mesada y observó a Sprocket con sorpresa en el rostro. Ella cerró los ojos y respiró profundo. Exhaló lentamente. Cuando habló, su tono era más suave. Más tranquilo. Pero no menos firme.

—Debes irte. Ahora.

—Denise...

Ella apoyó la mano sobre la cabeza de Sprocket.

—Necesitaba a alguien conmigo porque era un vecindario inseguro, y era mejor no estar sola. Pero no te equivoques: puedo cuidarme sola y lo he hecho durante mucho tiempo. La última cosa que necesito esta noche es asegurarte que no soy una damita indefensa que no sabe qué demonios hace. Así que debes irte.

El terror se apoderó del estómago de Chris en forma de un nudo, del que sabía que, por mucho que intentara, no podría deshacer con facilidad. Sabía que eso no era una artimaña femenina para hacer un drama. Por un lado, no era su estilo. Por el otro, algo en su manera de pararse y en el tono de su voz le decía que ella se había cansado de él.

Nada que pudiera decir en ese momento derribaría la pared que ella estaba levantando a su alrededor. Una pared que, hasta ese momento, él había estado descascarando, de lo cual recién entonces se daba cuenta. En el fondo, entendía que necesitaba darle tiempo a Denise, pero todo su ser quería luchar contra las barreras que ella estaba erigiendo.

Caminó hacia atrás hasta la puerta, sin romper el contacto visual hasta que no le quedó otra opción. Bajó rápido las escaleras, se subió a la camioneta y cerró de un portazo.

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! —Golpeó el volante. Cielos, necesitaba controlarse. ¿Por qué esto estaba afectándolo tanto? La conocía hacía una semana. Ni siquiera tanto. Entonces, ¿por qué demonios sentía como si hubiera perdido algo importante?

CAPÍTULO 7

Denise rodeó la carpa para dos personas, estirando las esquinas y colocando las estacas. Intentaba no observar a Chris hablar con Bree. Había advertido su presencia desde el instante en que ella había puesto un pie en el campamento. Su presencia era imposible de ignorar, aún a varios metros de distancia. En especial cuando todo lo que quería era disfrutar de él después de no haberlo visto en tres semanas. Incluso cuando ella le había pedido que se fuera, haberlo visto alejarse le había dejado un dolor en el pecho, que aún continuaba allí.

Jase se agachó junto a ella mientras colocaba la última estaca.

—Estoy preocupado por ella.

Denise echó un vistazo justo cuando Bree rio y apoyó una mano sobre el brazo de Chris. Una ráfaga de celos la recorrió. Maldición, tenía problemas.

—Ella está bien. —Se puso de pie y se pasó las manos por el vaquero.

Jase se incorporó.

—¿Por qué dejaron a los perros en el refugio?

—Hay demasiadas cosas para ellos aquí. —Se cruzó de brazos y se volvió para no tener que ver a Chris—. Ya los trajimos a hacer senderismo. Pero, con tanta gente alrededor y como nos quedaremos solo un par de noches, era mejor dejarlos en el refugio.

—¿Y si ella necesita a Polly mientras estamos aquí?

Denise ladeó la cabeza y contempló a Jase. Continuaba enojada con él por la escena que había montado con Bree, y parte de ella no quería ayudarlo en nada. Pero Bree era realmente feliz. Más de lo que Denise podía recordar. Así que se comportó como una adulta.

—Polly ayuda a Bree porque presiente sus emociones. La toca para darle

consuelo. Para traerla de vuelta a la realidad.

—De acuerdo. ¿Y?

Ella le sonrió.

—Jase, tú haces lo mismo.

—¿Qué?

—Cielos. ¿Me dices que te preocupas por ella? Eso es sentir sus emociones. —Sonrió aún más—. Tú la tocas todo el tiempo. Bree es una persona sentimental. Ella se apoya en tus caricias y siente consuelo.

Él colocó las manos en los bolsillos del vaquero.

—No me di cuenta de que era eso lo que estaba haciendo.

Ella sonrió con superioridad.

—Probablemente no es la razón por la que la acaricias, pero eso es lo que ella siente. La mayoría del tiempo, por lo menos.

Él se meció sobre los talones.

—Gracias.

Se dijo a sí misma que el sentimiento de vacío en su pecho se debía a saber que su amiga por fin había encontrado un tipo que la comprendía y que quería hacerla feliz. Pero Denise no estaba dispuesta a olvidarlo todo sin darle una advertencia a Jase.

—Pero igual te daré como alimento a los perros si vuelves a arruinarlo.

—No sucederá.

—Lo supuse. —Se volvió hacia el grupo de personas y evitó la mirada de Chris mientras observaba al resto de los hombres—. Entonces, ¿hay algún plan o solo nos sentaremos aquí a beber todo el fin de semana?

—Solo esta noche. Tal vez mañana.

—O sea, ¿todo el fin de semana?

Él sonrió.

—Sí, más o menos. Habrá pesca y senderismo mañana, si quieren.

—Genial. —Ella forzó una sonrisa—. Vamos, entonces.

Se unieron al grupo ubicado junto a una fogata que ardía dentro de un círculo de piedras, y Jase le presentó a Cole, Jordan, Matt y Patrick.

—¿Vamos a cazar cervezas? —Matt hizo rodar la botella que tenía en la mano y derramó el poco líquido que quedaba en el fondo.

—¿A *cazar* cerezas? —preguntó Bree, perpleja.

—Dijo: “Cervezas”, no “Cerezas” —aclaró Patrick.

—¿Qué es una cacería de cervezas? —indagó Denise—. ¿Y por qué las cazamos en lugar de tomarlas?

—Es una competencia amistosa que hacemos cuando venimos —explicó Jase—. Colocamos cervezas en puntos designados y anotamos las coordenadas. Nos dividimos en parejas. Intentamos encontrar la ubicación de la mayor cantidad posible.

—¿Qué obtiene el ganador? —preguntó Bree.

—Mucha cerveza —respondió Chris.

Denise por fin le prestó atención.

—¿Qué obtiene el perdedor?

Él sonrió, pero no se le notó en la mirada.

—Menos cerveza.

Esa sonrisa, aún a medias, le provocaba cosas a ella. Cosas que estaban fuera de su control y odiaba no poder controlarlas.

—¿Tú colocaste las cervezas?

—Así fue. No estaba seguro de que ustedes, chicas, pudieran hacerlo, así que traje algunas extras en la camioneta —indicó Chris.

Oh, maldición, no. Debería haber aprendido la lección hacía tres semanas.

—Oigo un desafío. —Denise miró a Bree con las manos sobre las caderas—. ¿Oíste un desafío?

Bree apartó el brazo de la espalda de Jase y se irguió.

—De hecho, sí, oí un desafío.

—¿Ustedes creen que pueden vencernos? —preguntó Cole.

Denise intercambió miradas con Bree. Ambas adoraban poner en ridículo a los hombres que las subestimaban. Ella aplaudió una vez.

—Hagámoslo. ¿Cuáles son las reglas?

—Chris, ¿tienes todo en la camioneta? —inquirió Jase.

—Sí. Dame un segundo. —Ella resistió la tentación de mirarle el trasero cuando él trotó hasta el borde del claro.

—Cada equipo recibe un mapa, una brújula y una lista de coordenadas. —Jase entregó los mapas, las listas y mochilas de V. E. T. Adventures para guardar las cervezas, que Chris había llevado—. Tienen una hora para encontrar tantas ubicaciones y cervezas como puedan.

Bree se ató el pelo en una cola de caballo.

—¿Qué sucede con la cerveza que no se encuentre?

—Las buscamos mañana. —Matt se encogió de hombros—. Suelen quedar algunas botellas.

—Genial. Buscaré mi gorra —le avisó Bree a Denise. Regresó de la carpa con el pelo pasado por una gorra de béisbol azul gastado.

—¿Están seguras de que no quieren unirse a uno de los equipos de los varones? —consultó Chris.

Denise lo miró con furia. El imbécil actuaba como si nada hubiese sucedido. Bien. Si quería jugar ese juego, ella también podía hacerlo. Se cruzó de brazos.

—Te apuesto diez dólares a que regresamos con más cervezas que los hombres.

Chris imitó su parada y sonrió con suficiencia.

—Acepto.

—Oigan. ¿Haremos esto o no? —preguntó Cole.

Chris y Denise continuaron mirándose por varios segundos.

—Diez minutos para planear su estrategia —anunció Chris sin apartar la vista.

Denise giró sobre sus pies y se unió a Bree, quien ya estaba revisando el mapa.

—¿Cuántos puntos hay?

—Seis —contestó Bree. Movié la brújula por el mapa—. Parece que hay unos ochocientos metros entre cada punto.

—Creo que, si comenzamos por el punto más alejado y vamos hacia atrás, podremos alcanzar todos los puntos y ganarles en la última corrida.

—También podemos turnarnos después del primer punto: ubicamos el siguiente, y una de nosotras se dirige hacia allí mientras la otra carga las cervezas.

—Buena idea —aceptó Denise—. ¿Has estado corriendo?

Bree meneó la cabeza.

—Emmm...

—Entonces, ¿yo correré?

Bree apoyó la cabeza sobre el hombro de su amiga.

—Te amo.

—Ufff. Eres una tonta.

Bree levantó la cabeza.

—Lo sé.

—¿Señoritas? —preguntó Cole.

—¿Qué? —inquirió Bree—. Ah. Sí. Estamos listas.

Jase miró el reloj.

—De acuerdo. Son las dieciséis cero cuatro. Les daré hasta las diecisiete cero cinco.

—Oooh, cielos. Ese minuto extra es tan generoso... —señaló Cole.

—¿Listos? —inquirió Jase.

—Aguarda —interrumpió Bree—. ¿Las ubicaciones están marcadas con algo?

—Cinta naranja —contestó Chris—. ¡Vamos!

—Bree. —Jase le corrió el pelo del hombro—. Ten cuidado.

Denise aguardó a que Bree se tocara el borde de la visera y salieron trotando hacia el borde del claro. Una vez que atravesaron la maleza, se detuvieron y buscaron la primera ubicación.

—¿Ya encontraste un punto? —inquirió Bree.

—Sí. ¿Correrás hasta el primero?

—Ufff. Odio correr. —Bree arrastró los pies al principio, pero luego alcanzó a Denise—. Entonces, ¿qué sucede entre tú y Chris?

Maldición, había esperado que Bree no se diera cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, por favor. Lo miraste de reojo toda la tarde. Y lo evitabas. Tú no evitas a nadie. También tu sarcasmo era mayor que tu cuota sarcástica habitual.

Denise sacudió la cabeza.

—Nos besamos.

—¿Qué? —Bree dejó de correr.

Denise se detuvo y regresó unos pasos. Tomó del brazo a Bree y la arrastró.

—¿Cuándo? ¿Por qué no dijiste algo?

Ella le contó sobre el *strip tease* y sobre el beso, y luego sobre cómo se había enojado cuando ella había ido a Fayetteville a buscar un perro.

—¿Que dijo qué?

—Deja de detenerte. —Denise revisó la brújula y el mapa—. Si sigues haciéndolo, perderemos.

—Por supuesto que no, no después de que él intentó machoexplicarte esa porquería. Con razón estabas con ese humor de perros.

—Creí que habías dicho que estaba sarcástica.

—Estaba siendo amable —jadeó Bree—. ¿Por qué no dijiste algo?

Fue el turno de Denise de detenerse y mirar a Bree.

—¿Hablas en serio? ¿Con todo lo que estás pasando?

Bree se detuvo y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Debes dejar de hacer esta porquería.

—¿Qué cosa?

—Aislarte y actuar como si nada te afectara.

—No soy como tú, Bree. No me va esa cosa sentimental.

Su amiga se irguió.

—No tienes que ser sentimental para permitir que alguien lo sea por ti. O, lo que es más importante, que sea sentimental contigo.

Denise revoleó los ojos y captó una cinta naranja.

—Oye. Cinta naranja.

Bree la siguió hasta el árbol marcado y se quitó la mochila de la espalda.

—No te librarás tan fácilmente.

—No me libraré para nada —señaló Denise.

—Estoy casi segura de que ese es tu problema. —Bree colocó las latas en la mochila y volvió a colgársela—. ¿Tienes la segunda ubicación?

Denise acomodó la brújula con el mapa y se orientó hacia la ubicación que buscaban.

—Hacia allí.

Bree la siguió.

—Creo que ese tipo Jordan estuvo allí.

Denise la miró por encima del hombro.

—¿Dónde?

—En aquel ataque en el que estuve.

—Maldición. ¿De verdad?

—Sí.

—¿Crees que te reconoció?

—No lo sé. Creo que me miraba medio raro.

—Tal vez sea porque eres hermosa y siente celos de que Jase esté encima de ti.

—Ja, ja. No creo que sea eso.

—¿Qué harás?

—Ignorarlo, si puedo.

—Me gusta ese plan —afirmó Denise—. Es un buen plan. Útil para todo tipo de situaciones.

Bree la miró enojada.

—No para ti, señorita.

—Ya veremos. Iré a la próxima ubicación. Nos dirigimos a aquel árbol caído, frente a nosotras. Yo verificaré la siguiente ubicación al otro lado.

—De acuerdo —jadeó Bree—. Maldición, odio correr.

Denise aceleró el paso, alternando entre mirar al suelo para evitar caer en

algún agujero y mantener su atención en el punto hacia donde corría. Al otro lado del árbol, determinó la siguiente ubicación y miró a Bree.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella—. Continúa. —Sacudió la mano por encima de la cabeza.

Denise levantó un pulgar y corrió, concentrada en el ritmo de sus pasos al golpear el suelo, mientras una cadencia resonaba en su mente. La ayudaba a mantener la mente despejada y alejada de Chris, del modo en que la camiseta térmica le moldeaba el pecho y los abdominales. Del modo en que se veía su trasero en esos pantalones de camuflaje.

Casi pasa de largo la segunda cinta naranja. Sí... hasta ahí llegó lo de despejar la mente. Recogió las latas del piso y regresó donde estaba Bree.

—¿Lo lograrás?

Bree le dio la espalda para que Denise pudiera guardar las latas en la mochila.

—Necesito volver a hacer ejercicio.

—Sabes cuándo corro.

—No correré contigo. Vas demasiado lejos. Tres kilómetros es mi límite.

Denise cerró la mochila.

—¿Te la aguantarás para que no perdamos?

Bree gruñó, pero corrió detrás de ella. Denise continuó adelantándose hasta cada punto y luego retrocedía para arrastrar a una Bree protestona. Solo una vez tuvo que regresar porque había pasado de largo uno de los puntos. Convenció a Bree de correr a toda marcha los últimos cuatrocientos metros entre el último punto y el campamento, y salieron del bosque segundos antes que Cole y Matt. Bree logró quitarse la mochila antes de caer despatarrada en el suelo.

Los hombres pasaron un buen rato quejándose de que habían hecho trampa, pero todo era con humor. Buena comida, buena música y buenas personas. Denise extrañaba esa clase de camaradería. Estaba divirtiéndose por primera vez desde que podía recordar. No era que no se divirtiese con Bree, pero hacerlo con alguien que conocía todos sus secretos era diferente.

Entonces, Jordan llamó a Bree “Tampax”.

CAPÍTULO 8

Denise se cubrió el rostro con las manos y se apartó el pelo de la frente. Haber dejado a los perros había sido un error, pero ¿quién demonios habría pensado que aquello podría ocurrir?

Ladeó la cabeza y vio a Jase llevarse a Bree en brazos. Sintió una punzada en el pecho. Una de muchas, últimamente. Se alegraba de que su mejor amiga hubiera encontrado a alguien que la cuidara, pero no podía ignorar esa pizca de celos. Ella suspiró y se levantó de la silla. Aunque sabía que Jase la cuidaría, ella no podría descansar sin ver cómo estaba. Bree haría lo mismo; siempre se cuidaban la espalda. Chris la detuvo a unos metros de donde estaban Jase y Bree.

—Denise...

—Ahora no, Chris. —La punzada se convirtió en un dolor al tenerlo parado junto a ella. Ver lo que sucedía frente a ella y tener al lado lo que podría haber sido para ella era más de lo que podría manejar en ese momento.

—Jase se ocupará de ella. —Su tono era bajo y persuasivo. Apoyó la mano suavemente bajo el codo de ella.

Él no lo comprendía. Bree había estado con ella en los peores momentos de su vida. De ninguna manera observaría a Bree revivir uno de sus peores momentos sin ver cómo estaba. Por más cuento de hadas romántico sobre un héroe al rescate.

—Lo sé, Chris. No soy idiota. Pero también sé que Bree está en carne viva ahora porque sé que estuvo en carne viva cuando sucedió. Así que no me importa si Dios Todopoderoso estira una mano cariñosa; igual veré cómo está mi mejor amiga cuando está sufriendo.

—Eso no es...

—Chris, déjala pasar —pidió Bree.

Era imposible descifrar su mirada en la oscuridad, pero él mantuvo los dedos sobre la piel de ella un poco más antes de soltarla.

Luchando con la urgencia de frotarse el lugar que él había tocado, Denise se acercó a Bree.



MÁS TARDE, tenía la intención de irse a su propia carpa para intentar dormir, pero ver a Chris irse hacia el bosque interrumpió sus planes y se desvió para seguirlo. Sus hombros anchos apenas eran visibles en la oscuridad, ya que la luz de la fogata no llegaba a alcanzarlo.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó ella entre dientes.

—Cielos, Denise. —Miró por encima del hombro y dio un pequeño brinco.

Por sus movimientos, se dio cuenta demasiado tarde de a qué había ido él a los árboles. *Uuups*. Y bueno. No era el primer tipo al que había sorprendido orinando en los árboles, pero le dio unos segundos para que terminara y se diera vuelta. Luego se lanzó con toda su diatriba.

—¿Quién diablos crees que eres para alejarme de mi mejor amiga?

Él avanzó los cinco pasos que los separaban, pero en tres zancadas.

—Eso no es lo que intentaba hacer.

Su presencia la invadió. La rodeó y la envolvió, y ella luchó por que no la abrumara.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo?

—Intentaba disculparme.

—Ah. —Y, así sin más, su ira desapareció. Había estado buscando pelea; necesitaba algo para quemar todas esas emociones que estaba sintiendo como consecuencia del malestar de Bree, pero Chris se la quitó de las manos.

—Lamento haberte enfrentado por haber ido a Fayetteville a buscar a esa perra. En mi defensa, no conocía tu historia.

—Sabías que estaba en el Ejército —señaló ella.

—Sí. También está en el Ejército el maldito gordo que hace guardia en la clínica de radiología. No significa que distinga un extremo del arma del otro.

Ella no supo qué decir. Una disculpa era lo último que había esperado; suponía que su ego de macho alfa no le permitiría admitir que había estado

equivocado sobre algo.

Chris le pasó los dedos por el cuello de la remera, lo que envió una ola de escalofríos por su cuerpo.

—¿Cómo está la perra? —indagó él.

Ella tragó con fuerza, intentando conseguir algo de humedad en su boca seca.

—Ella está bien. Sobrevivió.

Con la otra mano, él acarició su cadera y la deslizó hacia la espalda.

—Te extrañé.

La burla de ella fue inmediata.

—No me conoces desde hace tanto como para extrañarme.

—Sí. Tres semanas atrás habría dicho lo mismo. Resulta que también hubiera estado equivocado.

La besó.

No. Eso no era correcto.

La consumió. Se adueñó de ella. Le mostró con los labios y con la lengua cuánto la había extrañado. No había espacio entre sus cuerpos. En cuanto su boca tocó la de ella, la había tirado hacia él, lo que le había hecho perder el equilibrio a Denise y la había obligado a colocar los brazos alrededor de él.

Chris la tomó del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Su boca se desplazó hacia el costado de la barbilla de Denise y le mordisqueó la mandíbula.

—Todo lo que pude hacer fue pensar en ese beso. Un. Maldito. Beso. Perfecto. —Sus dientes mordían, y sus labios lamían entre cada palabra.

Necesitaba que él dejara de hablar. Que dejara de invadir su mente con “Y si...” y con “Quizás...”. Ella dirigió la boca de nuevo hacia la de él y le mordió el labio inferior. Él gruñó y la arrastró hacia atrás.

—Auch. —La espalda de Denise chocó contra un árbol, y la corteza se le clavó a través de la remera. No le importaba. Todos sus sentidos estaban clavados en la mano de Chris, que había encontrado el camino por debajo de su suéter de lana y acariciaba su pecho a través del sostén.

—Acaríciame, Denise —le ordenó mientras la besaba.

Ella metió las manos debajo de su remera y pasó los dedos por los abdominales bien marcados. Era excitante el modo en que él tomaba el control al decirle qué hacer. No era sumisa, ni quería estar en una relación así, pero ser siempre la de la personalidad dominante apestaba después de un tiempo. Los hombres suponían que ella sería agresiva en la cama. Todo lo que quería era un poquito de rudeza. Un hombre que le tirara del pelo y...

Chris le agarró el pelo con más fuerza y le echó la cabeza hacia atrás.

—Quédate conmigo, Denise.

Ella respiró entre dientes cuando sintió el tirón. ¿Le había leído la mente?

—No iré a ningún lado.

—No estabas prestando atención. —Movi6 la mano hasta la entrepierna de ella, y con la palma presionaba sobre la costura de los pantalones.

—Mi mente se distrajo. —Ella echó la cabeza hacia atrás y contoneó las caderas. Hacía tiempo que alguien que no fuera su vibrador le provocaba un orgasmo. Años. No era algo de lo que estuviera orgullosa, pero había una diferencia perceptible en lo que estaba sucediendo en ese momento en ese pequeño espacio entre sus piernas. Él le lamió el cuello, justo debajo de la oreja.

—¿Con qué?

—Con una imagen de nosotros teniendo sexo.

Ella sintió que él sonreía.

—Buena forma de distraerse.

Se oyó un estruendo en el bosque a su derecha, y ambos se quedaron paralizados, con los sentidos en alerta máxima.

Jordan tropezó contra un árbol, rebotó y cayó al suelo.

—Maldición. —Chris apoyó la frente sobre la de Denise—. Necesito ayudar a mi compañero de batalla.

—Sí —susurró ella. Cielos, necesitaba controlarse. Había estado dispuesta a tener sexo con Chris contra un árbol en el bosque, rodeados de otras personas.

Si una mujer tiene un orgasmo en el bosque y no hay nadie para oírlo...

Él volvió a besarla con intensidad antes de alejarse un poco.

—Mantén ese pensamiento. El de nosotros teniendo sexo. Quizás no será esta noche, pero querré hablar sobre el tema. Pronto. —Un breve beso intenso más, y se fue.

Ella se estremeció ante la pérdida repentina de su calor. La urgencia de golpear a Jordan luchaba con una diminuta sensación de alivio por haber sido interrumpidos. ¿Qué tenía Chris que la hacía perder el control de su voluntad de hierro? Sacudió mentalmente la cabeza, se corrió el pelo del rostro y resopló.

Malditas emociones.

CAPÍTULO 9

Chris tomó el móvil, pasó el pulgar por la pantalla y volvió a apoyarlo.
—Es la tercera vez que haces eso en diez minutos —comentó Phil sin molestarse en desviar la mirada del monitor de su computadora—. ¿Estás desarrollando un tic o intentas encontrar las pelotas para hacer una llamada?

Chris miró con furia a su compañero.

—Sé exactamente dónde están mis pelotas. ¿Quieres verlas?

—Gracias, pero tengo las mías para mirar. Becca las tiene en una caja de cristal sobre la chimenea.

Chris rio por lo bajo, conociendo el humor de Phil.

—Es que no entiendo a esta mujer.

—¿Es la misma de hace unas semanas o es otra?

—La misma.

—Déjame adivinar: hizo la gran Chris Nolton y no sabes cómo manejarlo.

Chris se sentó erguido.

—¿Qué demonios es una Chris Nolton?

Phil dejó de mirar el monitor y concentró su atención en Chris.

—Amigo, eres el mejor compañero que he tenido. Literalmente, te confío mi vida. Pero, cuando se trata de mujeres, tienes un patrón.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Eliges la misma clase de chicas: son lindas, tal vez pasan demasiado tiempo frente al espejo practicando su pose con labios fruncidos y sacando fotos de comidas que jamás comerán. Sales con ellas por algunas semanas y luego te aburres tanto que rompes todo contacto con ellas hasta que se cansan de llamar.

Bueno... Maldición. No era su culpa que hubiera tenido conversaciones

más inteligentes con el niño de nueve años de Phil. Aunque... sí elegía a esas mujeres. Así que tal vez era su culpa.

Phil malinterpretó su momento de reflexión.

—Mira, no digo que seas un mal tipo ni un mujeriego. Solo digo que eliges un tipo de mujeres...

—Ese es el tema. No encaja en la descripción que acabas de hacer. Es completamente distinta de todas las mujeres con las que salí.

—Entonces, toma tus pelotas y llámala. —Regresó su atención a la computadora.

En lugar de sus pelotas, Chris tomó el teléfono del escritorio y se fue al pasillo.

—¿Ni siquiera me dejarás escuchar? —preguntó su compañero.

Chris le mostró el dedo mayor por encima del hombro mientras se llevaba el teléfono a la oreja. Sonó tres veces y atendió el contestador.

—Soy Denise. Deja tu mensaje.

—Hola. Habla Chris. Llámame. —Oprimió el botón rojo justo cuando entró un mensaje.

NO PUEDO HABLAR AHORA. Estoy con mi prima en el hospital.

MALDICIÓN. Quizás no era el momento de preguntarle si estaba lista para continuar con la conversación del campamento.

CHRIS: ¿Está todo bien?

Denise: En realidad, no. ¿Qué querías?

Chris: Iba a preguntarte si querías cenar esta noche.

Denise: No estaré en casa hasta después de las seis.

ÉL LO TOMÓ como una señal positiva.

CHRIS: ¿Qué te parece una barbacoa?

Denise: ¿Como condimento o como una forma de cocinar?

ÉL SONRIÓ. Tal vez no fuera muy saludable que considerase tan divertido su sarcasmo.

CHRIS: Como alimento en general.

Denise: Prefiero frotar la carne con adobo seco.

SI LAS COSAS salían como él quería, ambos estarían frotando algo.

CHRIS: ¿Seis y treinta está bien? Llevaré comida.

Denise: Claro.

Chris: Te veo entonces.

CHRIS releyó los mensajes de texto y pensó en lo que había dicho Phil. Aparte de un poco de sarcasmo, ella no andaba con rodeos. No intentaba fingir que podría tener otros planes, incluso cuando tenía todas las excusas para rechazarlo. Ella no tenía tiempo ni paciencia para juegos ni estupideces. Tal vez eso era lo que más lo atraía, además de las razones obvias: estaba harto de las estupideces.

Ver a Jase abrirse con Bree... Era casi otra persona. Le hizo preguntarse si lo que habían dicho sobre el amor de una buena mujer era verdad.

Maldición. ¿Quién dijo algo sobre amor?

Se rascó la barba de cuatro días, sobre la que aún no decidía si afeitarla o dejarla crecer. La mantendría durante un par de días más para compensar todas las revelaciones emocionales que estaba teniendo. Si continuaba con toda esa porquería, tendría que entregar su credencial de hombre. O colocar las pelotas en una caja de cristal.



SE OYÓ un ladrido bajo al otro lado de la puerta mientras Chris aguardaba en el rellano. Oyó a Denise ordenarle a Sprocket que se sentara antes de abrir la puerta.

—Hola. Entra. —Ella retrocedió y utilizó una de sus piernas delgadas y bien definidas como barrera para Sprocket.

La siguió al interior y contempló la forma en que los vaqueros cortados dejaban ver sus piernas. Él nunca había tenido en cuenta la existencia de hilos que colgaban de una tela pero, al observar los bordes deshilachados de los vaqueros sobre la piel suave de los muslos de Denise, tuvo toda clase de pensamientos al respecto.

La bolsa que llevaba crujió, y tuvo que alejarla del hocico de Sprocket.

—No es para ti. Lo siento. —Se dirigió a la cocina y colocó la bolsa y el pack de seis cervezas sobre la mesada—. Recuerdo que dijiste que te gustaba la cerveza rubia, así que traje de una cervecería artesanal que me gusta.

Ella se paró cerca de él, junto a la mesada, tomó una de las botellas y miró la etiqueta.

—¿Cuándo te dije que me gustaba la cerveza rubia?

Él se rascó la barba.

—Tal vez oí que se lo mencionaste a Matt después de la cacería de cervezas.

La mirada de ella se clavó en la de él y luego bajó hasta su boca. Denise frunció los labios y asintió, como si acabara de descubrir algo o de tomar una decisión.

Chris no sabía cómo interpretar sus acciones. Su expresión no revelaba nada, y él había sido entrenado para detectar las microexpresiones de la gente.

Ella volvió a colocar la botella en el pack, con movimientos lentos y precisos. Él observó que su pecho se expandía y se contraía al respirar profundo.

—Sprocket, a la cama. —Denise miró por encima del hombro mientras la perra caminaba hasta el colchón en la esquina de la sala. Sus miradas se cruzaron otra vez y, finalmente, él pudo ver algo de emoción. Las pupilas de ella se dilataron, y los orificios nasales se ensancharon muy levemente.

De repente, él estaba moviéndose hacia atrás: ella tenía las manos en su estómago y lo empujaba hacia la heladera. Chris bajó la cabeza mientras ella la subía, buscando su boca, y una de las manos de ella se deslizó detrás de la

cabeza de Chris mientras la otra lo acariciaba debajo de la camisa.

Él agarró la firme amplitud del trasero de ella, y sus dedos encontraron el borde de los vaqueros mientras se movían hacia la unión de los muslos. Se agachó levemente, corrió las manos por la costura gruesa de los vaqueros y le levantó los muslos, lo que la forzó a alzar las piernas alrededor de su cintura. Denise apartó la boca de la de él.

—No vas a poder... —Él la levantó más—. Ah, sí vamos a hacerlo.

Utilizando las caderas, Chris se alejó de la heladera.

—No me desafíes, mujer. —Caminó rodeando la mesada hacia la única otra puerta que había en el departamento: la que llevaba a una cama.

—¿O qué? —Levantó una de las cejas.

Maldición, era hermosa. Y sí, desafiante. No lo dejaría avanzar ni un centímetro. Tendría que luchar por cada cosa que ella le diera. Sonrió. Valdría la maldita pena. La arrojó sobre la cama, y ella rebotó con los brazos extendidos a los costados.

—Tendré que encontrar algo creativo para que veas lo errado de tu proceder.

Las piernas de ella colgaban a los costados de la cama, y él se arrodilló entre estas. Colocó las manos debajo de las rodillas de Denise y la acercó más al borde de la cama. ¿Cuán sencillo era rasgar la tela de jean?

Ella no le dio la oportunidad de averiguarlo, ya que desabrochó los botones de los shorts.

Él le palmeó las manos, y ella las retiró.

—¡Auch! ¿Por qué demonios fue eso?

—Mío.

Ella levantó las cejas y abrió bien grandes los ojos.

—¿Perdón?

Él le separó más las piernas y hundió el rostro entre estas; rozó con los dientes la costura de los shorts.

—Mío —gruñó él.

Ella se recostó sobre la cama.

—Sí. Todo tuyo. Diviértete.

—Eso creí. —Bajó el cierre de los shorts, enganchó los dedos en la cintura y los bajó por las piernas. El movimiento reveló su ropa interior de color negro y rojo diamante con una máscara negra.

—¿Esto es...? ¿Estás usando ropa interior de Harley Quinn?

Denise levantó la cabeza y miró furiosa hacia la parte inferior de su

cuerpo.

—No te burles de mi enamoramiento femenino.

Él se pasó la mano por la boca, sabiendo que no servía para ocultar la sonrisa.

—No se me ocurriría.

Ella continuó mirándolo enojada.

—¿Te molesta si te la dejo puesta por unos minutos mientras la imagen de ti y de tu enamoramiento femenino circulan por mi mente?

Ella apenas frunció los labios.

—Lo que más te sirva. —Volvió a apoyar la cabeza.

Ah, sí. Él podía trabajar con eso. Deslizó la nariz hacia el centro de su ropa interior, inhalando el aroma fuerte y almizcleño de su excitación.

Mordisqueó y presionó con la punta de la lengua; la llevó al borde del orgasmo antes de apartarse. Lo sorprendió cuán rápido la había llevado hasta allí y sonrió cuando ella gruñó en señal de frustración. Se levantó de su posición entre las piernas de ella y subió por su cuerpo acariciándola con la nariz, mientras corría la remera hacia arriba. Al hacerlo, se revelaron bucles grises y negros de tinta que giraban por sus costillas, debajo del pecho derecho.

La curiosidad por ver el tatuaje casi lo distrae de desnudarla, pero sentía como si hubiese tardado años en llevarla hasta ese punto, y no iba a detenerse ahora por nada. Se tomaría el tiempo para explorar el tatuaje más adelante, después de haber quedado satisfecho. Y después de haberla satisfecho a ella.

Se bajó de la cama, se paró derecho y la observó. La mirada de Denise recorría su cuerpo y se quedó clavada en su entrepierna. Parecía una caricia, y él se preguntó que estaría pensando ella.

Denise arqueó la espalda y levantó los hombros para quitarse la remera. Se la arrojó al rostro con una sonrisa. Luego se sentó, se movió hacia atrás hasta que sus pies ya no colgaban de la cama y llevó las manos hacia atrás para desabrocharse el sostén. Chris se mojó los labios. La expectativa lo recorrió.

—Tú primero —planteó ella con las manos en la espalda.

—Pero yo no uso sostén.

Ella sonrió y allí apareció el hoyuelo.

—Y yo no tengo pantalones, así que quítate algo.

Al diablo; se quitó todo. No podía recordar la última vez que se había quitado la ropa tan rápido. Tan rápido que se enredó y se cayó sentado.

La risa grave y ronca de Denise invadió el aire, y la excitación de él, que ya era de enormes proporciones, aumentó aún más. Ella se aclaró la garganta.

—¿Estás bien?

—Sí, solo hago algunas abdominales para marcar mis músculos. —Se quitó los pantalones y mentalmente se pateó el trasero. *Buena jugada, Don Juan*. De todas formas, no había estado tan entusiasmado desde que había perdido su virginidad. Se levantó de un salto y asumió una pose de superhéroe: puños sobre las caderas, pecho inflado y cabeza ligeramente hacia arriba. Ella volvió a reír y se recostó. Él abandonó la pose.

—Maldición, mujer. Esa risa.

—¿Qué tiene?

—Es un maldito afrodisíaco. Me excita cada vez que la oigo.

Una sombra atravesó la mirada de Denise y dejó de reírse.

—No tienes que hacer eso. No soy esa clase de chica.

Él sacudió la cabeza.

—¿Qué chica?

—La clase de chica que adora los corazones y las flores. No tienes que contarme un cuento para hacerme creer que significaré algo para ti que no soy.

¿Qué diablos...? Chris gateó por encima de ella hasta que sus rodillas quedaron a ambos lados de sus caderas. Le tomó una mano y la colocó sobre su pene, haciendo presión sobre la abertura del bóxer.

—¿Esto te parece un cuento?

Ella pasó la palma de arriba abajo a todo lo largo, pero no dijo nada. Él reprimió un gruñido y se obligó a terminar de decir lo que quería.

—La primera vez que te oí reír, casi me masturbo en la ducha de Bree. — Ella levantó las cejas y oprimió los labios entre los dientes—. No sé quién te pudrió tanto la cabeza para que tú, de entre todas las personas, pienses que estaba contándote un cuento, pero no es así. No sé adónde va esto que sucede entre nosotros. No sé si llegará a algún lado. Pero jamás creas que no eres absolutamente sensual y que no me excitas cuando estás cerca. En especial cuando tú y tu amiga están juntas, descostillándose de risa. Ahora, ¿hay alguna otra pregunta antes de continuar con el entretenimiento de esta noche?

Ella sacó la lengua y se mojó los labios. El fuego había regresado a su mirada, gracias al cielo.

—¿Tienes condones? Porque yo no.

—Sí. Debo sacarlo de la cartera.

—Deberías hacerlo, entonces.

Él se inclinó y la besó profundamente.

—Me encargaré. Luego me encargaré de ti.

—Oh, cielos.

Él podía percibir como un revoleo de ojos en el tono mientras se acercaba al borde de la cama. Cuando se enderezó, vio que ella se había quitado el sostén. Sus pezones grandes y de color rosa oscuro estaban duros y resaltaban en la amplitud de la piel pálida, que jamás había visto el sol.

—Los dioses me adoran. —Ella sonrió y sacudió la cabeza—. Tengo la sensación de que el sexo no ha sido muy divertido para ti. —Le pasó la lengua por el borde de la ropa interior, hacia el estómago y por el medio del torso hasta el centro de los pechos.

—Oh, sí tuve sexo divertido. Solo no recuerdo haber tenido sexo gracioso.

—Todo el sexo es gracioso. ¿Nunca miraste películas porno?

El hoyuelo volvió a aparecer en el rostro de ella, y sus manos recorrieron los brazos de él hasta los hombros.

—No últimamente.

Le pellizcó los pezones y luego los acarició, los frotó y los masajéó. Sentía cómo ella contenía la respiración cuando apretaba más fuerte.

—Esas mujeres deberían estar nominadas para el Óscar. La mejor actuación que he visto.

Denise bajó las manos por el costado de él y enganchó los pulgares en la cintura del bóxer. Los deslizó por su trasero y por sus muslos hasta donde pudo alcanzar. Separó las piernas y utilizó los dedos del pie para terminar de bajarle la ropa interior. Él hizo un movimiento con las piernas para quitársela del todo y observó los cuerpos de ambos.

—Buena proeza. Sin embargo, creo estar en desventaja.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Parece que una superheroína me bloquea el avance.

—Es una antiheroína.

—Igual bloquea el camino.

—Entonces, deberás ocuparte de eso.

—Con gusto. —Deslizó la ropa interior de algodón por sus caderas, hacia las piernas. Quería disfrutar de ese momento. El momento de descubrirla. Siempre había sido el niño que quitaba con mucho cuidado la cinta adhesiva de los regalos de cumpleaños y de Navidad porque sabía que la expectativa duraba poco tiempo.

Se encorvó y lamió entre las piernas de ella, buscando su clítoris entre los

pliegues inflamados. Ella se arqueó y respiró entre dientes. Solo había planeado hacerlo una vez, pero ella había respondido tan bien que no pudo evitar hacerlo una vez más. Y otra.

Ella apoyó los pies sobre la cama y alzó las caderas.

—Chris —jadeó—. ¡Chris!

—¿Sí? —Él se apartó apenas, pero mantuvo las manos debajo de las caderas de ella para mantenerla a su alcance.

—Me gustaría que me penetraras ahora, por favor.

—Sí, señora. —Le dio una última lamida y la apoyó sobre la cama. Tomó el condón que había dejado a un costado, abrió el envoltorio y lo colocó sobre su erección. Apoyándose sobre las manos, bajó las caderas sobre las de ella y se movió hacia arriba y hacia abajo, frotando el pene en la entrepierna de ella.

Denise le rodeó las caderas con las piernas y le empujó la cara interna de los codos para doblarlos.

—Deja de jugar. —Acercó la cabeza y lo besó. Metió una mano entre sus cuerpos, tomó su pene y lo frotó un par de veces antes de guiarlo hacia la entrada.

Él avanzó y de inmediato se encontró con una vagina increíblemente tensa. Maldición. Estaba tan tensa que él tuvo que retroceder y volver a intentar. Rechinó los dientes mientras intentaba entrar.

—Demonios. Maldición. Estás demasiado tensa.

Ella ladeó las caderas para darle un mejor ángulo, y él por fin pudo entrar. Sintió que ella se contraía a su alrededor y se retorció un poco para penetrarla aún más.

—Por todos los cielos, no duraré mucho si sigues haciendo eso.

—Lo siento —se disculpó Denise cerca de su cuello—. Ha pasado un tiempo.

Él retrocedió despacio y volvió a entrar.

—¿Cuánto tiempo? —*Maldición. No le preguntes eso.* Demasiado tarde.

—Emmm... —Ella recibió sus arremetidas, bajó las manos por la espalda de Chris y le oprimió el trasero—. Unos siete años.

Él se irguió sobre los codos.

—¿Siete años?

¿No había tenido sexo en siete años? ¿Y lo eligió a él para romper la racha? Maldición. Sin presiones.

—Oí que, si pasaban diez años, recuperaría la virginidad.

—¿Qué? Eso no es cierto, ¿verdad?

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio.

—No, pero estabas mirándome como si me hubiera salido otra cabeza.

Chris podía sentir que los músculos internos de ella se contraían cuando reía. En combinación con el sonido de su risa, a él no le importaba si ella había logrado recuperar la virginidad: estaba por enviarla a fojas cero.

—¿Sabes que esto le da un nuevo significado a “la comezón del séptimo año”?

—Sí. ¿Te molestaría quitármela?

Él le sonrió.

—Con gusto. —Volvió a avanzar y la besó. Sus bocas se encontraron, las lenguas se batían a duelo mientras las caderas de ella se movían con los avances de él. Denise subió una de sus piernas por la espalda de él para abrirse más. Chris gruñó y colocó el brazo por debajo de esta para mantenerla en su lugar.

Sintió las uñas de ella sobre el pelo corto de la nuca. No lo raspaban lo suficiente como para lastimarlo, pero sí para pincharlo un poco. Chris llevó la otra mano a la nuca de ella y cerró el puño, recordando su reacción cuando le había jalado el pelo mientras se besaban en el bosque.

—Cielos, se siente tan bien... —expresó mientras la besaba—. Demonios, la forma en que me aprietas... —Dejó caer la cabeza junto a la de ella—. Maldición, Denise.

—Más fuerte, Chris. —Los dedos de ella se clavaron en el trasero de él y apretaban y soltaban al ritmo de sus avances. Con los dientes le raspó la piel sensible debajo de la oreja, justo antes de hundirlos en el hombro y de gruñir.

Los músculos internos de ella le oprimían el pene, y él podía sentir las olas de su orgasmo mientras todo su cuerpo se aferraba a él.

—Oh, maldición. —Chris le tiró del pelo y oyó un crujido en el cuello de Denise. *Oh, demonios.* Pero estaba demasiado concentrado como para detenerse y preguntarle si estaba bien. Todo el cuerpo de Chris se estremeció con un orgasmo. Los muslos de Denise apretaron con fuerza la cintura de él mientras levantaba las caderas.

Músculo a músculo, comenzó a relajarse, al tiempo que pequeños temblores le recorrían el cuerpo.

—¿Estás bien?

Ella le acarició el pelo de la nuca.

—Sí. —Lentamente relajó las piernas.

—¿Estás paralizada?

Sintió cómo se reía.

—No, pero el cosquilleo en los dedos de los pies sigue siendo fuerte. Y tengo un calambre. —Estiró una de las piernas.

Él se retiró y rodó a un costado.

—No quise tirarte tan fuerte.

—Está bien. De hecho, se siente bien. Me evita tener que ir a un quiropráctico. —Su estómago hizo ruido, y ambos bajaron la mirada—. Trajiste comida, ¿verdad?

Él le apartó un mechón de pelo del cuello y la besó con suavidad.

—Sí. ¿Te veo en la cocina?

CAPÍTULO 10

—¿Qué?

Chris la observaba desde donde estaba parado, entre las piernas de Denise, que estaba sentada sobre la mesada. Ella tenía solo la ropa interior y la camisa blanca de él. Estaban comiendo la barbacoa que él había llevado.

—Eres diferente cuando no estás con Bree.

Eso no fue lo que ella esperaba oír. Estaba segura de que sacaría el tema de su celibato autoimpuesto.

—¿A qué te refieres?

—Te ríes más cuando estás con ella.

Ella se encogió de hombros, intentando no quedarse mirando el torso de él de manera tan evidente.

—Ella es mi persona. Saca lo mejor de mí.

—¿Tu persona?

—¿Crees en las almas gemelas?

La mirada de él era la viva definición de “escéptico”.

—¿Te refieres al amor eterno, los cuentos de hadas, y toda esa porquería?

Ella sonrió.

—Algo así, pero no. Me refiero a que habrá una cantidad finita de personas en tu vida que te comprenderán. Puede ser un amante, puede ser la persona con la que te cases, puede ser más grande o más joven, o puede ser tu mejor amigo en todo el mundo. Bree es mi persona.

Chris sostuvo un trozo de carne frente a la boca de ella. Denise echó la cabeza hacia atrás, sobresaltada por la carne y por él. Luego, aceptó el bocado con los dientes.

—¿Pensaste que la carne te mordería?

Ella lo observó chuparse los dedos.

—Eso de darse de comer es una de esas cosas románticas que hacen las parejas. —Bebió un poco de cerveza de la botella que él había abierto.

Chris le quitó la botella.

—¿No haces cosas románticas?

—No. —Ella sacudió la cabeza y cortó otro trozo de carne de una costilla. Él le tomó la mano y se comió la carne. Le pasó la lengua entre los dedos, lo que le envió pulsaciones directamente al clítoris.

—Entonces, ¿nada de flores ni de chocolates?

Ella frunció el ceño y cortó otro trozo de carne. Se inclinó lo más lejos posible de él para poder comerlo, mientras él simulaba intentar robárselo.

—Puedes traer chocolates, siempre y cuando no estén en una caja con forma de corazón ni sean de Hershey. Las flores sin ningún motivo son buenas, pero no en una fecha comercial. Ahí son solo un cliché y una obligación.

—¿Hay alguna razón por la que no te gusten las cosas románticas?

Ella levantó la botella e intentó quitarle la etiqueta. ¿Cuánto debería contarle? Había solo unas pocas personas en el mundo que sabían la historia completa, y Denise confiaba en ellas de manera incondicional. Pero de eso se trataba: confianza. ¿Podía confiar en Chris? Le había dicho a Bree que le diera una oportunidad a Jase. Nada mejor que el momento presente para seguir su propio consejo.

—Una vez hubo un tipo que dijo e hizo todas las cosas correctas, en la época en que juzgaba a las personas por las apariencias. Nada fue verdad.

Chris le acarició los muslos con los pulgares, justo donde terminaba la remera. Cualquiera otro que hubiese hecho lo mismo le habría puesto los nervios de punta, pero ahora solo deseaba que llevara los dedos más arriba.

—¿Estaba casado?

—Entre otras cosas. —Bebió lo que quedaba de la cerveza y dejó la botella sobre la mesada. Apoyó las manos junto a sus piernas y evitó mirarlo a los ojos—. Mató a alguien a quien yo apreciaba.

Él dejó las manos quietas sobre las piernas de ella, con los dedos hundidos en la piel de sus muslos, y todo su cuerpo se puso rígido.

Sprocket trotó hasta el extremo de la mesada y gimió. Se sentó lo más cerca que pudo, lamió la pantorrilla de Denise y apoyó la cabeza sobre su pie. Denise le frotó debajo del hocico. Chris le rodeó las caderas con los brazos y entrelazó los dedos en la espalda.

—Perdí los malditos estribos. A él lo enviaron de vuelta a los Estados Unidos, y todo quedó escondido debajo de la alfombra. Solicité ingresar al Equipo de Apoyo Cultural y le dije a mi superior que, si no aprobaban mi traslado, la situación no quedaría debajo de la alfombra. Me fui para comenzar el entrenamiento dos meses más tarde.

Se arriesgó y lo miró por debajo de las pestañas. Ira e incredulidad se reflejaban en su rostro. Podía ver que él tenía muchas preguntas. Su nuez de Adán subió y bajó.

—¿Él es la razón de tus siete años de reserva?

Sintió como si su corazón hubiese dado un doble salto, agradecida por que él no hiciera más preguntas. No había tenido la intención de contarle todo eso y no sabía si estaba preparada para compartir toda la historia. Tal vez él podía darse cuenta de eso. Tal vez estaba dispuesto a permitirle contarle a su propio ritmo.

—En parte. Después de dejar el Ejército, estuve... enojada... durante mucho tiempo. Fue... Estaba... —Respiró profundo y lo soltó—: Estuve al borde del suicidio.

—¿Qué sucedió?

—Bree me convenció de anotarme en un centro de tratamiento por medio del Departamento de Asuntos Veteranos.

Chris la atrajo más cerca del borde para achicar las distancias.

—¿Durante cuánto tiempo?

Ella trazó los espirales y las sombras del tatuaje en el brazo de él: necesitaba algo que hacer con las manos. ¿A quién engañaba? Necesitaba tocarlo. Por primera vez en más tiempo del que podía recordar, quería tocar a alguien íntimamente y conseguir consuelo con su presencia.

—Duré dos semanas. Mi terapeuta y yo acordamos en que no era el ambiente adecuado para mí.

—¿Por qué? —Su tono era suave. Alentador. Podía contar con los dedos de una mano cuántas personas sabían por lo que ella había pasado. Ayudaba que él supiera de dónde provenía ella. No preguntaba por la mera curiosidad perversa de saber sobre la pobre veterana con TEPT.

—El grupo de apoyo me hacía enojar más en lugar de menos.

—¿Por qué te hacía enojar más?

—Había gente que nunca había salido de la base, nunca había visto un combate, pero estaban en el mismo programa que yo. Me enojaba que yo estuviera lidiando con toda esa porquería, y ellos no podían manejar un poco

de fuego indirecto. —Denise sacudió la cabeza—. Lo que pensaba no era justo pero, al mismo tiempo, no me daba cuenta de eso. Todos tenemos experiencias diferentes y lidiamos con las cosas de manera diferente.

Los ojos azules de él la contemplaron. Con la yema áspera del índice, Chris le recorrió la pequeña cicatriz sobre la sien y luego bajó por la mejilla hasta el labio inferior.

—¿Qué sucedió después de dos semanas?

—Acordamos que me iría mejor como paciente ambulatorio, con una terapia individual diaria. Me dieron a Sprocket. Y Bree no me dejó ni un maldito minuto sola durante tres meses.

La sonrisa de él fue breve, pero triste. Su historia no era nueva. Muchos habían estado en su posición. Estaban en su posición. Ella era una de las afortunadas.

—¿Comiste suficiente?

Denise echó un vistazo al contenedor sobre la mesada.

—Sí, por ahora. ¿Por qué?

—Supuse que, después del intervalo de siete años, estabas fuera de práctica.

Los bíceps de Chris estaban cálidos y rígidos cuando ella deslizó las manos por sus brazos hasta los hombros. Quería dejar de hablar sobre el pasado. Era algo con lo que aún luchaba, pero ya no quería ser esa persona. Protegerse a sí misma únicamente la había llevado a quedarse sola. Era momento de arriesgarse a volver a confiar en alguien.

—Emmm... Supongo que puedo estar algo oxidada, aunque siempre pensé que era como montar en bicicleta.

—Es cierto pero, aun si recuerdas cómo montar una bicicleta, te sentirás un poco insegura hasta volver a encontrar el equilibrio. —Chris le acarició las piernas hasta llegar a las rodillas y luego las envolvió alrededor de sus propias caderas.

Sprocket resopló, giró su enorme cuerpo y salió de la cocina. Parecía que su perro estaba de acuerdo en que era momento de hacer las cosas de otra manera.

—¿Cómo sugieres que recupere el equilibrio?

Chris colocó las manos debajo del trasero de Denise, la levantó y la bajó de la mesada.

—Lo primero que haré será ponerte en cuatro patas sobre la cama y explorar ese tatuaje en tu espalda.

Ella sonrió.

—¿Eso significa que yo puedo explorar todos tus tatuajes?

—Absolutamente.

CAPÍTULO 11

Chris: ¿Cena?

Denise sonrió al ver el mensaje y deslizó rápidamente los dedos por la pantalla.

Denise: Desayuno tardío.

Chris: ¿Qué?

Denise: Pensé que estábamos escribiendo comidas al azar.

Chris: Ja, ja. No, ¿cenamos esta noche?

Denise: Aaah. Lo siento, llevaré a mis primitos al cine y a cenar.

Chris: ¿Mañana?

Denise: Puedo hacerme un tiempo para ti. ¿Vienes aquí?

Chris: Claro. Supongo que no podrías hacer de nuevo ese pollo en la olla de cocción lenta.

Ella oprimió los labios.

Denise: Podría hacerlo.

Chris: Espectacular. Te veré mañana.

—¿Quién es el tipo? —preguntó la doctora Tailor al salir de la oficina.

Denise levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué tipo?

La doctora Tailor esbozó esa sonrisa cómplice y molesta, y le hizo señas para que Denise entrara con ella. Aunque era unos pocos años mayor que Denise, que Liana Tailor la atrapara enviando mensajes a Chris era como si su madre la hubiera atrapado enviando mensajes sexuales a un chico en lugar de estar haciendo la tarea. Esa sería una sesión interesante. Sprocket resopló.

—No empieces. —Se levantó de la silla y siguió a la doctora Tailor al consultorio. Cerró la puerta detrás de ella. Tomando su lugar habitual en un

extremo del sofá, se quitó los zapatos y dobló las piernas debajo de ella.

La doctora Tailor se sentó en una silla, en perpendicular al extremo del sillón, con su anotador, y se cruzó de piernas.

—¿Entonces? ¿Quién es él?

—¿Cómo sabe que no le estaba escribiendo a Bree?

—Porque me lo habrías dicho si hubiera sido ella.

¡Maldición! Tenía ganas de chasquear los dedos y decir en voz alta: “¡Demonios!”.

—Es alguien a quien conocí por medio de Bree y de Jase.

La doctora Tailor consultó sus notas.

—¿Es amigo de Bree o de Jase?

—De Jase. —Ella y Bree tenían un acuerdo respecto de poder hablar sobre la otra con la doctora Tailor. Eso facilitaba más la conversación en terapia que intentar hablar indirectamente.

La doctora Tailor cerró el anotador.

—Cuéntame sobre él.

Denise respiró profundo.

—Él... no es lo que esperaba.

—¿En qué sentido?

—Bueno, perteneció a las Fuerzas Especiales. Definitivamente, es un macho alfa pero, al mismo tiempo, es gracioso y no parece tomarse muy en serio en todo momento.

—¿A qué te refieres?

Se mordió la cutícula del pulgar.

—Puede reírse de él mismo y burlarse de él mismo, pero tiene ese... algo... en el interior que te dice que puede ponerse muy serio de golpe si es necesario.

Sprocket se subió al sofá y apoyó la cabeza en el regazo de Denise. Ella le rascó detrás de las orejas.

—¿Por qué hablar de él te pone nerviosa?

Denise la observó, y ella le señaló a Sprocket. El maldito perro la dejaba en evidencia frente a todo el que sabía cuál era su función.

—Él es todo de lo que yo juré alejarme y... —Se encogió de hombros—. Me gusta.

—¿Y eso te pone nerviosa?

—Las cosas no salieron tan bien con el último tipo que me gustó.

—¿Te das cuenta de que ese último tipo no es un indicativo de todos los

hombres que conocerás?

—Intelectualmente, después de muchos años de terapia, sí, me doy cuenta. Pero ¿aquí adentro? —Se dibujó un círculo despereado sobre el centro del pecho—. No tanto.

—Entonces, no confías en tu propio juicio.

—Mi propio juicio no me sirvió de mucho la última vez.

Sprocket levantó un poco la cabeza y se lamió el hocico.

—Eres una persona diferente ahora.

—Sí.

—No sueñas muy convencida, Denise. No es propio de ti.

—Es que... si me permito involucrarme con él... Si deo que esto sea más que sexo... —No podía terminar. Ni siquiera estaba segura de qué quería decir.

—¿Podrías sentir algo por él? —sugirió la doctora Taylor para terminar la frase.

Denise frunció los labios y asintió levemente, con la vista clavada en la caja de pañuelos descartables, que estaba sobre la mesita de centro, frente al sofá.

—¿Eso sería algo malo?

—Con la posibilidad de perder a Sarah, no sé si tengo la energía o la capacidad de agregar a alguien más a mi vida.

—¿Cómo está ella?

Oh, cielos. Algo más de lo que no quería hablar. La terapia era genial.

—Está en un hospital de cuidados paliativos.

—¿Dijeron los médicos cuánto tiempo le queda?

—Entre seis días y seis meses. Depende del día. Y del doctor. Parece que hay un pronóstico diferente cada vez que voy a verla. La peor parte es que está comenzando a alejar a Kimber y a Kaden. Mis padres y yo nos aseguramos de llevarlos con nosotros con la mayor frecuencia posible, pero ella se cansa demasiado rápido. —Los ojos le ardían y tomó un pañuelo descartable.

—¿Cómo lo están tomando Kimber y Kaden?

—Tan bien como podría esperarse. Necesitarán alguien con quien hablar. Pensaba en pedirle algunas recomendaciones de psicólogos para terapia del duelo.

La doctora Taylor tomó nota.

—Le pediré a Ruth Anne que te envíe algunas recomendaciones.

—Gracias.

—Quisiera verte más seguido durante el próximo mes.

—¿Por qué?

—Estás viniendo cuando lo necesitas, y es algo que ha estado funcionando para ti. Encontraste tu lugar y tu propósito, y te asentaste. Pero ahora tienes mucha agitación a tu alrededor. No hemos hablado sobre cómo estás manejando los problemas de Bree, pero sé que eso debe agregar bastante preocupación y estrés a todo lo demás que estás viviendo con Sarah, los niños y ahora este nuevo hombre. —Hizo una pausa—. Eso implica la palabra con S.

Denise pestañeó confundida.

—Sentimientos, Denise.

—¡Oh! Eso.

—Sí, eso. —La doctora levantó las manos y dibujó unas comillas—. Que te “guste” este hombre significa que tienes sentimientos.

Denise levantó los labios en señal de disgusto y gruñó por lo bajo.

—No me van los sentimientos.

—Has sido muy cerrada con tus sentimientos durante la última década y solo los has demostrado con un grupo muy pequeño de personas. Principalmente, tu familia y Bree, a quien consideras parte de tu familia. Por todo esto quiero verte más seguido durante un tiempo. Vas a lidiar con un montón de emociones y reacciones que has estado reprimiendo. No insistí antes sobre el tema porque te habías adaptado de una forma que me parecía saludable pero, si tomas en serio a este tipo, surgirán muchas cosas que has estado ignorando.

Denise cerró los ojos, respiró profundo para calmarse y exhaló lentamente. Maldición. No estaba segura de estar lista para eso. Que le enumerasen lo que estaba sucediendo en su vida de esa manera lo hacía ver todo muy empantanado. Pero la doctora Tailor tenía razón. Si no controlaba todo, las cosas se desmoronarían sobre ella y la sepultarían; eso era algo que había aprendido por las malas en el pasado.

—De acuerdo.

—Bien. —Tomó algunas notas más—. Programa las siguientes cuatro sesiones con Ruth Anne antes de irte.

—Lo haré. —Le rascó la cabeza a Sprocket. Sentimientos. Bah. Bree jamás la dejaría en paz cuando se enterase.

CAPÍTULO 12

—¿Qué es esto? Parece un pavo real. —Chris trazó los bucles de color en el tatuaje que cubría la mitad superior del brazo derecho de Denise.

—Un fénix japonés —respondió ella.

—¿Cuándo te lo hiciste? —Deslizó los dedos por el brazo hasta la mano.

—Alrededor de un año después de haber comenzado terapia. —Sus dedos recorrieron las líneas oscuras del tatuaje de la típica águila americana, que se extendía en el pecho de Chris—. ¿Y este?

—Necesité varias sesiones para terminarlo.

—Me imagino. El detalle es fantástico. ¿Por qué al modo de la vieja escuela?

—Mi padre tenía un negocio de tatuajes. Se especializaba en el estilo vieja escuela, como los tatuajes de Sailor Jerry. La mayoría de sus clientes eran militares y motociclistas. Él me hizo mi primer tatuaje. —Permaneció en silencio por un momento—. Lo mataron durante un robo. Un drogadicto que buscaba dinero pensó que mi padre tendría mucho efectivo en el negocio.

Ella apretó los labios sobre el músculo pectoral de Chris.

—Lo siento.

—Gracias. Fue hace mucho tiempo.

—¿Tienes más familia?

—Una hermana mayor y un hermano menor. ¿Tú?

—Hija única, pero mi prima fue a vivir con nosotros cuando yo tenía quince años, así que es más una hermana que una prima.

La mano de él siguió las líneas grises en la caja torácica de Denise hasta su espalda y la atrajo más hacia él, lo que llevó más el peso de ella hacia

adelante.

—¿Qué hay sobre esta figura?

Aunque Denise no podía verlo, intentó mirar por encima del hombro el tatuaje que ocupaba buena parte de su espalda.

—Juana de Arco, patrona de los soldados y del Cuerpo Femenino del Ejército.

—¿De verdad? No tenía idea.

—Me lo hice después de haber completado el entrenamiento del EAC.

—Apropiado. ¿Son bucles de humo?

Ella levantó el brazo y la parte inferior de su pecho quedó al descubierto.

—No, pero entiendo que pueda parecerlo. Se supone que es el viento que mueve el banderín que ella sostiene. Hay cicatrices que quería ocultar.

Chris retrocedió con los dedos por la tinta y le acarició el pecho.

—¿Cicatrices de qué?

—La explosión de un artefacto explosivo improvisado. Detonó antes de tiempo, así que nadie resultó herido de gravedad, pero recibí algo de metralla por entre el chaleco.

Él bajó la cabeza y chupó el pezón, jugueteando con la lengua.

—Iba a decir que fue un buen trabajo estético porque este pequeño se siente muy real.

Eso se mereció una palmada en la cabeza.

—¡Oye! Fue un cumplido.

Ella fingió mirarlo con furia, intentando no demostrar lo bien que se sentía la boca de él sobre su cuerpo. Sus piernas estaban inquietas y arrastró el pie hasta la pantorrilla de él.

Chris le sonrió.

—Entiendo cómo lo que dije pudo no haberse tomado como un cumplido.

—¿Sí? —Cielos, esa sonrisa la hacía estremecerse por dentro. El carácter juguetón de él, especialmente en la cama, lo hacía parecer un niño en un parque de diversiones, y el cuerpo de ella era el mejor juego del lugar.

—Estoy dispuesto a aprender de mis errores.

—Ajá. ¿Cómo planeas hacerlo?

Chris rodó hasta quedar de espaldas y tiró de Denise hasta dejarla encima de él. Le separó las piernas para que quedara a horcajadas, sin separar su pecho del suyo. Llevó las manos hasta la parte trasera de las piernas de ella y subió hasta donde los muslos se juntaban. Con uno de los dedos acarició la abertura humedecida antes de deslizarlo suavemente hacia adentro.

Ella cerró los ojos y gimió.
Chris le sujetó la cabeza hasta que sus labios se encontraron.
—Permíteme demostrártelo.



EL MÓVIL de Denise sonó sobre la mesita de noche al entrar un mensaje, lo que la sacó del entresueño. Estaba de costado, apoyada sobre la espalda de Chris, con una mano en su cintura y con una pierna sobre la cadera. Rodó para ponerse de espaldas y contempló el cielorraso liso.

No había soñado. O, si lo había hecho, no lo recordaba. Siempre había una sensación de lo que había soñado; por lo general, impotencia o tristeza, aun si no se despertaba recordando todos los detalles. Giró la cabeza y observó la espalda de Chris. “Y si...” y “Tal vez...” invadían su mente. ¿Y si no podía ser realmente feliz? ¿Tal vez con alguien que comprendía podría haber momentos difíciles? Tal vez no terminaría siendo Chris pero, al examinar su espalda ancha y al observar sus costillas subir y bajar, ella sintió algo en lo profundo de su pecho que no había sentido en mucho tiempo: esperanza.

El teléfono volvió a sonar y lo tomó de la mesita de noche.

ATACARON A BREE. La llevaron en helicóptero a Duke-Raleigh.

DENISE SE INCORPORÓ de un salto.

—¿Qué diablos...?

Chris se sobresaltó a su lado.

—¿Qué?

Denise oprimió el botón de llamada junto al nombre de Jase, pateó las mantas y atravesó la habitación hasta el ropero.

—Jase. ¿Qué demonios sucedió? —preguntó cuando por fin él contestó.

—Su asistente la atacó.

Ella se puso la ropa interior.

—¿Cindy? —No podía ser—. ¿La Cindy callada, amable, que dice: “Caramba”?

—La Cindy trastornada y homicida. Si esa es la asistente de Bree,

entonces sí, esa Cindy.

—Maldición. —Sosteniendo el teléfono entre la oreja y el hombro, sacó un sostén deportivo del cajón—. ¿Hace cuánto? ¿Ya llegó al hospital? ¿Quién la encontró?

—Aún no conozco todos los detalles. Tim llamó hace veinte minutos y dijo que estaba en condición crítica y que la estaban llevando de urgencia a Raleigh.

Denise se pasó el sostén por encima de la cabeza.

—¿Y la abuela?

—Tim la llamó en primer lugar.

—De acuerdo. Estoy en camino. —Cortó, arrojó el móvil sobre la cama y sacó una remera y unos shorts del ropero.

—¿Qué sucede? —Chris se había puesto la ropa interior mientras ella hablaba con Jase.

Ella se puso la remera.

—Bree fue atacada. La están llevando al hospital Duke-Raleigh.

—¿Saben quién la atacó? Él se sentó en la cama y se puso los vaqueros.

—Jase dijo que fue la asistente.

Él levantó su remera del piso.

—¿No lo crees?

Ella se recogió el pelo en un rodete desprolijo.

—No lo sé. Si tuviera que elegir a alguien como acosador de Bree, ella jamás habría estado en mi lista. No lo sé. Siempre se dice que son los más callados. —Apoyó las manos sobre las caderas y se quedó mirando el piso; le costaba imaginar que Cindy podía haber atacado a Bree.

Un gemido bajo provino del otro lado de la puerta. Salió de su ensimismamiento, abrió la puerta y se agachó junto a Sprocket.

—Estoy bien, cariño. Solo un poco preocupada. Iremos a ver a Bree. —Sprocket le lamió la barbilla, y Denise echó la cabeza hacia atrás, fuera del rango de babeo.

—¿Puede sentir tus emociones desde otra habitación? —inquirió Chris, parado detrás de ella.

—Supongo que sí. No suele estar tan lejos de mí. —Se puso de pie y rodeó al perro.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene una cama en mi habitación así que, si estoy dormida, continúa estando cerca de mí. —Deslizó los pies por las sandalias, que estaban junto a

la puerta.

—Ah. Lamento haberte echado de tu cama.

Denise miró por encima del hombro y vio a Chris rascando a Sprocket detrás de la oreja. Era la primera vez que la había dejado fuera. Nunca había tenido motivos para cerrar la puerta de su dormitorio. Ni siquiera lo había hecho; había sido Chris.

Recogió las llaves y la cartera de la mesa en el vestíbulo, tomó el chaleco de Sprocket de donde colgaba en la pared y abrió la puerta. Sprocket salió delante de ella, y Chris la siguió. Denise cerró con llave y corrió escaleras abajo.

Al pie de la escalera, Chris la envolvió en sus brazos y la atrajo más cerca.

—Oye. Aguarda un momento. Sé que estas apurada. ¿Quieres que vaya contigo?

Ella tragó saliva y se mojó los labios. Sí. Y no. El hospital no era el lugar para explicar por qué ella y Chris estaban juntos. Maldición, ni siquiera había tenido tiempo de contarle a Bree.

—No. No sé cuánto tiempo llevará. Estoy segura de que debes trabajar mañana.

—No sería la primera vez que voy a trabajar sin dormir. —Le acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

Ella sonrió.

—Está bien. —Tal vez estaba siendo descortés, pero todo eso aún era nuevo y desconocido. Sus padres, Bree y Sarah eran los únicos en los que se apoyaba.

Y, de todas formas, nunca había sido la clase de persona que permitía que otros llevaran su carga. Sus labios se sintieron suaves y firmes al mismo tiempo.

—Te llamaré después para ver cómo estás.

En el fondo (muy, muy en el fondo), podía admitir que se sentía bien que otra persona, además de la familia, se preocupara por ella.



ETO30

Encuentro en treinta minutos.

MALDICIÓN. No era el mensaje que esperaba. Chris dejó caer la cabeza sobre el apoyacabezas del asiento del conductor y se frotó la frente. ¡Maldición! Quería llamar a Denise para avisarle, pero el protocolo dictaminaba que debían cortar toda comunicación no encriptada y dirigirse al punto de encuentro.

Se aferró al volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos y gruñó. Maldición. Apagó el móvil, lo arrojó al asiento del acompañante y respiró profundo.

Tenía que confiar en que Denise comprendería cuando tuviera la oportunidad de explicarle. Si Phil estaba en el punto de encuentro, se aseguraría de dejarle un mensaje para ella, para hacerle saber qué sucedía y que la contactaría en cuanto regresara de la operación.

Cuando fuera que eso fuese.

CAPÍTULO 13

Tres días más tarde, Denise verificó su móvil una vez más antes de guardarlo en el bolsillo. Entró sin hacer ruido a la habitación de Bree en el hospital.

—Jase —dijo entre dientes—. Las enfermeras se enfurecerán si te ven en la cama con ella.

—Entonces, haz guardia. Y deja de gritar.

—¿Por qué estás en la cama con ella?

—Se despertó. Se angustió cuando le conté sobre la loquita.

Bree abrió los ojos.

—No la llames así.

Jase miró hacia abajo.

—¿Fingías?

—Recién me despierto.

Denise lo golpeó con el dedo en las costillas.

—Vete. Es mi turno. —Le mantuvo la mirada a Jase durante unos momentos. Él no ganaría esa discusión, aunque fuera silenciosa. Necesitaba tiempo con su mejor amiga.

Jase suspiró y quitó el brazo de abajo de Bree. Ella levantó la cabeza, y él se incorporó. Apoyó los pies en el piso y se puso de pie. Giró, se inclinó y le apartó el pelo del rostro.

—Ten cuidado con su brazo.

—No me digas. —Denise lo apartó del camino y se subió a la cama. Tomó los dedos de Bree, le colocó el brazo sobre el pecho y se recostó de cara a ella—. ¿Cómo te sientes?

—Débil.

—Eso sucede cuando pierdes la mayor parte de tu sangre.

—¿Hay agua?

Denise miró por encima del hombro, pero Jase ya tenía el vaso listo. Apuntó la pajilla para que ella pudiera beber. Cuando terminó, él rodeó la cama y se sentó cerca de las piernas de Bree.

—¿Cuál es la regla? —exigió saber Denise.

Bree sacudió la cabeza.

—No corras riesgos estúpidos.

—No tenía muchas opciones. Estaba en mi casa cuando llegué.

Denise apoyó su frente sobre la de Bree.

—Me asustaste —susurró—. No vuelvas a hacerlo. —Jamás había estado tan preocupada en su vida. Ni siquiera cuando habían diagnosticado a Sarah. Tal vez porque había tenido tiempo de asimilar la noticia, pero el ataque de Bree la había sacudido hasta la médula.

—De acuerdo.

—¿Qué creen que están haciendo?

Denise movió el cuello para mirar por encima del hombro. La enfermera Mary Ann estaba parada en el umbral, con las manos sobre las caderas.

—Apártense de la pobre chica. —Avanzó rápidamente, sacudiendo la mano frente a Jase, como si estuviera espantando una mosca, y le dio una palmada en la pierna a Denise—. Fuera. Ya bastante con que alguien tratara de filetearla como a un pescado; no necesita a todos ustedes apilados sobre ella.

Denise rodó hasta el borde de la cama para levantarse y sacó el móvil del bolsillo trasero para avisarle por mensaje a la abuela que Bree estaba despierta.

—Te ves terrible —le comentó Bree a Jase.

Denise resopló una risa corta.

—Le dije que se fuera a casa y que se diera una ducha.

Él se había negado. Finalmente, ella había cedido y había ido hasta la casa de él para buscarle ropa limpia. Por fortuna, la habitación de Bree tenía una ducha, por lo que Jase no había llegado a desarrollar un hedor masculino. Ya bastantes problemas tenía ella con los olores de un hospital.

—No quiso despegarse de tu lado —agregó Mary Ann—. Llamó a los refuerzos cuando quisimos echarlo.

—¿Refuerzos? —inquirió Bree.

—La abuela —aclaró Jase.

—¿Dónde está?

—Regresará esta tarde —respondió él.

Denise se apartó del camino de Mary Ann cuando esta salió para buscar vendas y se sentó en la silla junto a la puerta.

—Le envié un mensaje para avisarle que estás despierta. Vendrá pronto.

—¿Hace cuánto que estoy aquí? —indagó Bree.

—Tres días —respondió Denise.

—¿Tres días? —Bree levantó la cabeza de la almohada plana, pero la apoyó de inmediato.

—¿Cuánto recuerdas? —indagó Jase.

—Todo. Hasta que Tim y el detective Johnson entraron de golpe. ¿Cómo está Katherine?

—La apuñaló dos veces en el estómago —explicó Denise—. Creo que los médicos tuvieron que extraerle un riñón, pero está consciente. Está en una habitación por este mismo pasillo.

—Me gustaría ir a verla cuando pueda —expresó Bree.

Jase se cruzó de brazos.

—Te llevaré en silla de ruedas cuando el doctor diga que puedes moverte.

Bree lo miró furiosa.

—Me corté el brazo, no la pierna.

—¿Acaso Cindy...? —La llegada de Mary Ann la interrumpió antes de que pudiera preguntarle si Cindy le había dicho a Bree por qué se había vuelto loca. Después de la enfermera, entró el médico y luego el detective Johnson. Le hizo a Bree todas las preguntas que Denise tenía en la mente.

Cielos. Todo se trataba de un tipo. Igual podía ver cómo la crisis de Cindy le afectaba a Bree. Las lágrimas se acumularon en sus ojos bien cerrados y cayeron por sus mejillas.

Al diablo las enfermeras. Podían intentar echarla de la habitación de Bree. Jase se acercó a la cama y se inclinó sobre Bree. Denise volvió a recostarse en la cama y la rodeó con el brazo cuidadosamente. Unos momentos después, le limpió algunas lágrimas a Bree.

—Solo piensa en todas las cosas nuevas que tendrás para contarle a la doctora Tailor. Ya debe estar harta de oírte hablar sobre lo mismo.

Bree resopló y se le cayó un moco. Denise echó la cabeza hacia atrás y rio, hasta casi caerse de la cama.

—Dame un pañuelo, bruja.

Tal vez era bueno que Bree no pudiera utilizar el brazo o habría empujado a Denise de la cama si hubiese podido. Bree se sonó la nariz con un pañuelo

descartable que le alcanzó Jase.

El detective se fue después de decirle a Bree que quizás tendría más preguntas más tarde. El bostezo de Bree fue tan grande que a Denise la sorprendió que no se hubiera dislocado la mandíbula.

—Me voy —anunció Denise—. La abuela me envió un mensaje mientras hablabas con el detective. Estará aquí alrededor de las dos. Tiempo suficiente para una siesta.

—De acuerdo.

Denise volvió a apoyar la frente sobre la de Bree.

—Me alegra que estés a salvo.

—A mí también.

Besó la mejilla de Bree y se levantó de la cama.

—Hasta luego, Jase.

Oír conversaciones ajenas estaba mal, pero no pudo evitar cerrar la puerta despacio para observar a su mejor amiga con su pareja.

—Te amo —expresó él—. Con mocos y todo. No puedes dejarme, Bree. Por ninguna...

Maldición. Eso era demasiado personal. Tuvo un repentino deseo de hablar con Chris. Sacó el móvil del bolsillo trasero y desbloqueó la pantalla. Seguía sin tener llamadas perdidas ni mensajes. Se detuvo en el medio del pasillo.

—¿Señora?

Miró por encima del hombro y vio que se había detenido justo frente a una enfermera que llevaba a un paciente en silla de ruedas.

—Lo siento. —Se apartó del camino. Cielos, su conciencia del entorno apestaba.

Él no la había llamado ni le había enviado ningún mensaje. Habían pasado días desde el ataque a Bree. ¿Le había dicho que ella lo llamara, o que él la llamaría? ¿Era la regla de los tres días?

Sacudió la cabeza. No, ese no era su estilo. Él no había tenido reparos en compartir su espacio personal. Pero... ¿ni siquiera un mensaje?

Levantó la vista para asegurarse de que su camino hacia el ascensor estaba despejado y luego movió los dedos por la pantalla. Oprimió el botón de enviar cuando llegó al ascensor.

NO SE PUDO ENVIAR el mensaje.

Malditos hospitales. Bree le había contado que los cirujanos de Fort Bragg utilizaban los móviles antiguos con tapa cuando estaban de guardia, debido a la seguridad en el hospital. Salió del ascensor e intentó enviar el mensaje de nuevo en cuanto cruzó la puerta de salida.

NO SE PUDO ENVIAR el mensaje.

ELLA FRUNCIÓ EL CEÑO. Ahora tenía las cinco rayitas de señal. Oprimió el botón para llamar y se llevó el teléfono a la oreja: “El número al que intenta llamar está fuera de servicio”.

¿Qué demonios...? Contempló el teléfono y volvió a intentarlo. El mismo mensaje.

Qué. Demonios. Sucedió. Sacudió la cabeza y caminó hacia el utilitario. Abrió la puerta de golpe, se subió y la cerró de un portazo.

Piensa racionalmente. No permitas que la chica loca se apodere de ti. Porque esa salvaje quería conducir hasta la casa de él, tirar la puerta abajo con los golpes hasta que él le abriera, y luego patearlo en los testículos antes de exigir una explicación sobre por qué no la había llamado como había prometido y había desaparecido de la faz de la Tierra.

Sin importarle meditar sobre su reacción ante la situación, encendió el motor y salió del estacionamiento. Se esforzó por tranquilizar la respiración y el corazón, que parecía intentar salir a los golpes de su caja torácica.

Había una razón. Podría apestar, pero siempre había una razón.



DENISE ESTACIONÓ FRENTE a la casa de Bree, lo puso en punto muerto y colocó el freno de mano. Apoyó la cabeza sobre el volante y luchó con la urgencia de regresar a casa. Bree la esperaba, y a Denise se le habían acabado las excusas. Bree también comenzaba a sospechar de las excusas de Denise y casi había amenazado a Jase con llevarla hasta la casa si ella no se aparecía por allí.

Habían pasado cuatro días desde que el teléfono de Chris había sido desconectado. Tres días desde que luchaba con la urgencia de encontrarlo,

perseguirlo y pedirle explicaciones. Dos días desde que sentía que alguien le había atado una bola de hierro a algo en su interior, que la arrastraba hacia abajo y le dificultaba moverse.

Sprocket gemía y presionaba su hocico frío sobre la mejilla de Denise. Se sobresaltó ante la baba en su mejilla y le rascó al perro debajo del hocico.

—Estaré bien. Es lo que hacemos.

Apagó el motor y mantuvo la puerta abierta mientras Sprocket bajaba de un salto. Caminó fatigosamente por el costado de la casa e intentó trabajar en su expresión de felicidad antes de entrar. Bree se daría cuenta enseguida del engaño, así que debía esforzarse por fingir. No tenía sentido angustiarse a Bree con todo lo que ella había tenido que pasar.

—¡Cariño, estoy en casa! —Colgó las llaves en el gancho junto a la puerta y se quitó las sandalias en el lavadero, antes de entrar a la cocina. Charlie llegó trotando por una esquina para saludar a Sprocket, moviendo la cola sin parar—. ¿Hay alguien aquí?

—Estamos en la sala —anunció Bree.

—Me serviré un poco de té. ¿Quieren algo?

—Estamos bien —respondió Bree desde el límite entre la sala y la cocina. Aún estaba un poco pálida y tenía unas ojeras oscuras debajo de los ojos.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó Denise.

—Tengo un brazo lastimado. No me golpeó un rayo.

Hola, belicosidad.

—Supongo que Jase te pidió que descansaras.

—Lo amenacé con volver a golpearle las pelotas. —Apoyó la cadera en la mesada—. Le dije que no me importaría, ya que no me dejaba jugar con ellas de todas maneras.

El último trago de té frío que Denise estaba tragando le salió por la nariz y tosió. Dejó el vaso sobre la mesada y se puso los dedos en las orejas.

—La la la la. No necesito la imagen.

—Bueno, ya la tienes. ¿Por qué estuviste evitándome?

—Estuve evitando a todos, no solo a ti.

—¿Por qué?

Bree guardó la jarra en la heladera.

—¿Por qué estás tan gruñona?

—Ya pasé al enojo. No puedo desquitarme con Cindy, así que lo hago con la gente a la que quiero. Es saludable. Deberías intentarlo.

Denise apoyó las caderas contra la mesada y se cruzó de brazos.

—Lo tendré en cuenta para cuando llegue a esa etapa.

—Pero ¿sucede algo para que estés camino a esa etapa?

Asintió de modo cortante.

—Ajá. —Bree regresó a la sala.

Denise revoleó los ojos y resopló. Bree no se ponía así muy seguido pero, cuando pasaba, nadie estaba a salvo. Si no creyera que Bree seguiría molestándola, estaría muy orgullosa de ella. Tomó su vaso y siguió a su amiga.

Jase estaba despatarrado en un extremo del sofá, con la vista clavada en el partido de fútbol americano.

—Hola, Jase.

—Hola.

En la siguiente pausa publicitaria, Jase se levantó del sofá y le entregó el control remoto a Bree con un beso.

—Pondré la parrilla.

—¿Por qué no llamas a Chris para ver si quiere venir?

Denise se quedó paralizada y dirigió lentamente su mirada hacia Bree, quien la miró con expresión calculadora. *Esa mujer*. Los ojos de Bree se abrieron apenas un poco más, y Denise supo que había descubierto que algo había ocurrido entre ellos.

—No puedo creer que no me hayas dicho —articuló Bree.

—¡Hola! Te apuñalaron —articuló Denise a su vez.

Bree le lanzó una mirada furiosa, y Denise le sacó la lengua.

—No puedo —señaló Jase—. Su teléfono está desactivado.

Eso llamó la atención de Bree.

—¿A qué te refieres con que está desactivado?

—Ya pasó un par de veces.

—¿Por qué? —preguntó Bree.

Denise sonrió al ver que Bree se alteraba en su nombre. Ni siquiera sabía toda la historia y ya estaba furiosa.

—Sucede cuando tiene que ir de encubierto a una operación. Básicamente, cortan toda comunicación con su vida habitual.

¿Sin avisarle a nadie?

—¿Qué hay sobre los hombres que tienen familia? —inquirió Bree—. ¿Desaparecen sin decirles a sus esposas o hijos?

Jase regresó de la cocina.

—No lo sé, cariño. Nunca le pregunté cómo funcionaba.

—Bueno, ¿te avisó que se iría a una operación encubierto?

—Es una suposición, ya que su compañero me llamó para pedirme que recogiera su camioneta, y eso mismo había sucedido la última vez.

Entonces, había una manera de avisarle a alguien. A ella, si hubiese sido lo suficientemente importante para él. Una nota corta o un mensaje para decirle que estaba bien y que no la había desechado después de haberse metido en su cama. Debería haberlo sabido. Una vez más, el trabajo de alguien era más importante que ella.

Supéralo, princesa. Al menos esa vez nadie había muerto. Igual odiaba sentirse como una estúpida. Malditas emociones.

Sprocket levantó las patas delanteras, las apoyó sobre los muslos de Denise y metió el hocico debajo de su barbilla. Denise apartó la cabeza de la perra y miró al cielorraso.

—¿Denise?

Giró la cabeza y vio la preocupación en el rostro de Bree.

Apretó los labios en una sonrisa fingida.

—Después, Bree. —No quería hablar en ese momento, con Jase en el deck trasero. Lo haría. Después de haber tenido tiempo para recoger los pedazos de su corazón. No estaba destrozado. Ni siquiera estaba roto. *Incluso un corazón medio roto estaba roto.* Enterró ese pensamiento en lo más profundo y oscuro de su mente. Se negaba a permitir que alguien volviera a tener ese tipo de poder sobre ella.

Pero, igual, dolía. Y era tiempo de bloquear toda esa porquería para siempre.

ACERCA DEL AUTOR

Tarina es una autora premiada, siempre relacionada con las Fuerzas Armadas: primero, como familiar y, luego, como miembro de la Fuerza Aérea. Tarina se basa en su vida para inspirarse en muchas de sus historias, porque la verdad es más extraña (y graciosa) que la ficción.

Tarina continúa en servicio activo y es mamá soltera de mellizos de seis años. Su pasatiempo favorito es dormir. Su ilusión es retirarse de la Fuerza Aérea y ser una mamá de tiempo completo.

[Email](#)

[Sitio web](#)

[Hoja Informativa](#)



OTRAS OBRAS DE TARINA DEATON

Corazones de Combate

Corazón Remendado

Próximamente

Corazón Cerrado